

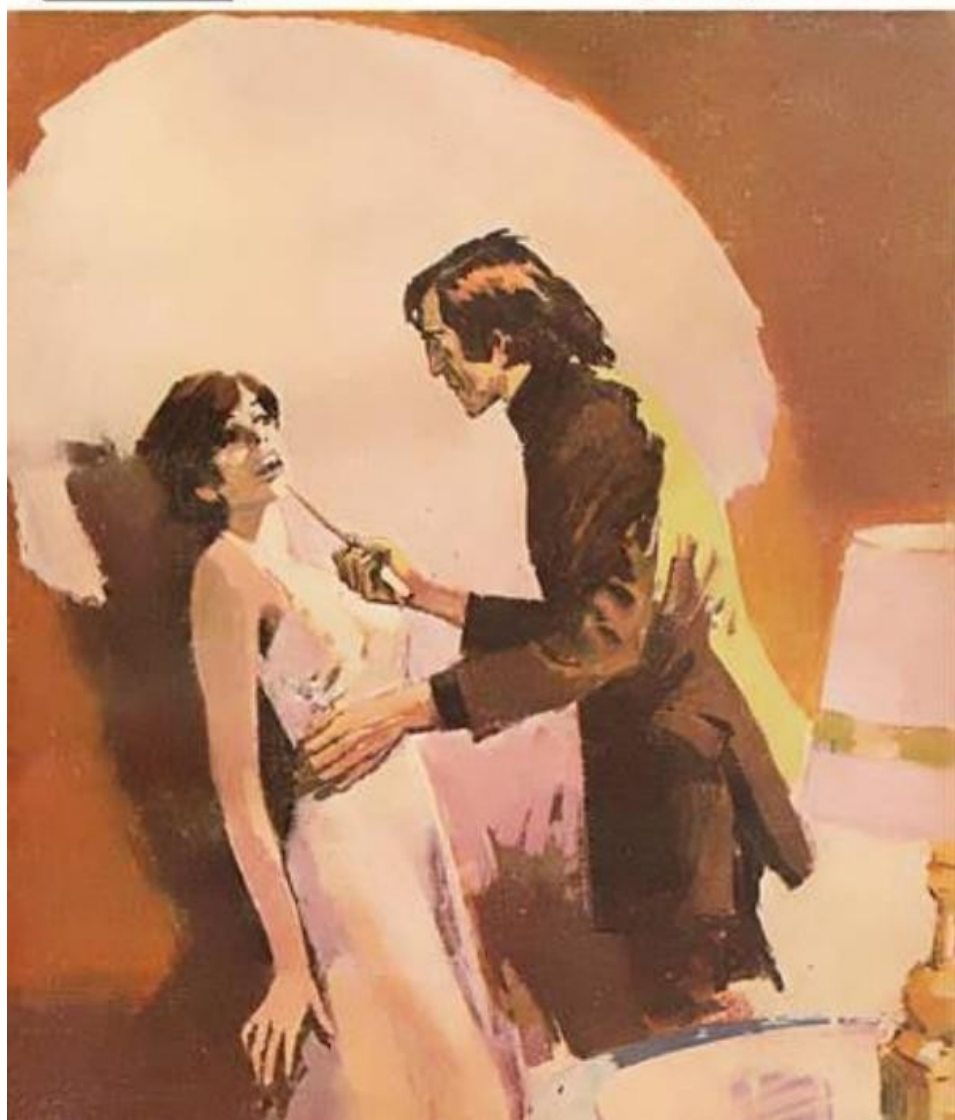
NOVELEROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

un guardaespaldas para Sally

joeph berna



SS

SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.345. — El gemido del viento.

En Colección KANSAS:

843. — La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841. — Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

164. — La heredera del Cinco Estrellas.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

217. — Una esposa o un balazo.

En Colección PUNTO ROJO:

729. — Desayuno con fantasmas.

JOSEPH BERNA

**UN GUARDAESPALDAS
PARA SALLY**

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.349

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 16.523 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1976

© Joseph Berna - 1976

texto

© Desilo - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-I52, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

NICK MCDONALD despegó lentamente los párpados, y sus ojos quedaron, por un instante, fijos en cualquier parte de la habitación, la cual se hallaba en penumbra.

Se despertó. Él y la muchacha se habían adormilado unos instantes.

Al hacerlo, le dio un golpe en la cabeza a Mary Ann Sanders con el brazo derecho.

Mary Ann era una rubia de formas muy sugestivas.

No se despertó a causa del golpe dado involuntariamente, tan solo emitió un leve ronroneo.

Nick consultó su reloj de esfera luminosa.

Rezongó una imprecación por lo bajo, al ver que eran casi las nueve de la mañana.

Inmediatamente se alzó.

Nick McDonald era un tipo bastante alto, de elástica musculatura, hombros anchos, cintura estrecha, pelo cascado, no mal parecido. Contaba veintinueve años.

Mientras terminaba de despabilarse, observó a Mary

La rubia, que debía andar por las veintiséis primaveras, dormía tranquilamente y el cabello, largo y sedoso, le caía sobre la cara.

Nick cogió la chaqueta y se la puso. Como le dolía dejar el apartamento de la chica sin decirle nada, se aproximó a la cama, se inclinó y le hizo cosquillas en uno de los hoyuelos de sus lindas mejillas.

Ella se estremeció ligeramente y emitió otro ronroneo.

—Mary Ann... —llamó Nick.

La rubia se agitó perezosamente, sin abrir los ojos.

Nick le dio un besito en la mejilla, muy cerca del cuello.

Ella separó, por fin, los párpados y le miró con extrañeza.

—Nick...

—Adiós, Mary Ann —le sonrió él.

—¿Qué haces?

—Tengo que irme.

—¿Adónde?

—A iniciar la investigación que me encargaste.

—¿La investigación?

—¿Acaso has olvidado ya que ayer tarde me contrataste?

Ella sonrió atrevidamente.

—¿Sabe una cosa, señor investigador? He cambiado de parecer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, extrañado.

—Que ya no me interesa conocer el paradero del granuja que me hizo promesa de matrimonio. Ni tampoco que me haya dejado por alguna *starlett* de busto exuberante.

—¿No...?

La rubia movió la cabeza.

—En absoluto. Tú eres más alto, más atlético, y mucho más apuesto que él. Me quedo contigo, Nick —dijo, rodeando con sus brazos el cuello del investigador privado,

—Mary Ann...

—Me he enamorado de ti, Nick.

—Eso no es posible...

—Como una loca, te lo juro.

—Pero si tan solo hace unas horas que nos conocemos...

—Suficientes para que yo me chifle por un hombre, si este lo es de verdad. Y tú lo eres, Nick.

—Mary Ann...

—Bésame, Nick —pidió ella, entreabriendo los labios,

—No puedo perder más tiempo.

—Acabo de decirte que ya no deseo que encuentres a ese tipo,

—De todos modos, tengo que irme.

Ella frunció el ceño.

—¿Tienes algún otro caso entre manos?

—No; pero pudiera surgir. Mi obligación es estar en mi oficina, por si alguien se presenta o telefonea solicitando mis servicios.

—Que tome el recado tu secretaria.

—No tengo secretaria.

—Yo podría ser tu secretaria, Nick.

—Todavía no gano lo suficiente como para permitirme el lujo de tener una secretaria.

—Yo no te cobraría nada.

Nick McDonald esbozó una sonrisa.

—Gracias por tu desinteresado ofrecimiento, Mary Ann, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué no?

—A una oficina se va a trabajar, no a jugar con el jefe.

Ella hizo un mohín malicioso.

—Habrá tiempo para todo, ¿no?

El investigador se libró con delicadeza de los brazos femeninos y dijo:

—Hasta la vista, Mary Ann.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Nick? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió él.

—¿Esta noche? —sugirió la rubia.

—Si mi trabajo no me lo impide...

—Ven a las ocho. Tendré preparada una cena estupenda.

—Haré lo posible,

—¿No vas a darme un beso antes de irte?

—Solo si prometes no hacer nada por retenerme ahora.

Ella levantó la mano derecha con gracia.

—Prometido, Nick.

El investigador la besó en los labios.

La rubia cumplió su palabra y no hizo nada por retenerle.

—Adiós, Mary Ann.

—¡Hasta la noche, Nick! ¡Y no me falles!

Nick McDonald salió de la habitación y abandonó el apartamento de Mary Ann Sanders.

Un rato después, estacionaba su coche, un «Ford» adquirido de

segunda mano, que estaba pidiendo a gritos una mano de pintura, frente al edificio en el cual tenía su oficina,

Nick descendió del vehículo y subió rápidamente a ella.

No había nadie esperándole en la pequeña estancia que servía de antesala a su despacho.

Nick entró en él y se quitó la chaqueta.

Se sentó en su sillón, extrajo una maquinilla de afeitar de uno de los cajones de su mesa, la conectó en un enchufe que había en la pared y empezó a pasársela por la cara.

Prácticamente había terminado de afeitarse, cuando dos individuos se colaron en su despacho, sin molestarse en llamar.

Nick paró la maquinilla y escrutó a los tipos.

Eran altos, fornidos, de cuello poderoso y rostro duro.

Dos auténticas rocas humanas.

—¿Qué se les ofrece, hermanos? —preguntó el investigador con una sonrisa.

—¿Nick McDonald? —inquirió la roca de la derecha, que lucía un exagerado mostacho de pelo muy negro.

—Sí —asintió Nick.

—¿Cuál es su clínica favorita, McDonald? —preguntó la roca de la izquierda, que tenía la nariz larga y ganchuda.

—¿Mi qué...? —pestañeó Nick.

—Su clínica favorita —repitió el tipo.

—¿Para qué quieren saberlo?

—Nos han encargado que le demos un «repaso», McDonald —comunicó el otro tipo—. Y cuando lo hayamos hecho, va a necesitar usted que le atiendan en una buena clínica. Si nos dice ahora cuál de ellas prefiere, nosotros le llevaremos con mucho gusto.

Nick se puso lentamente en pie y dejó la maquinilla de afeitar sobre la mesa.

—¿Quién les ha encargado que me den una paliza? —interrogó—. ¿Y por qué?

—El porqué, no lo sabemos —respondió el de la nariz ganchuda.

—En cuanto a quién, no vamos a decírselo —añadió el del mostacho.

Nick McDonald se tironeó un lóbulo.

—Bien, muchachos —dijo, mientras rodeaba la mesa, para situarse mejor—. Comprendo que ustedes son unos gorilas fieles, y que no tienen más remedio que cumplir las órdenes que reciben.

—Así es —dijo el sujeto de la derecha, empezando a golpearse la palma de la mano zurda con el puño diestro.

—Aunque a veces nos duela tener que cumplirlas —agregó su compañero, haciendo crujir sus nudillos.

Nick, que parecía resignado a recibir la paliza, dijo:

—Solo un favor voy a pedirles. No destrocen ese valioso jarrón que ven ahí. Es de porcelana china.

Las dos rocas volvieron la cabeza hacia el punto que las estaba indicando el investigador con la mano, para ver el jarrón.

El de la nariz ganchuda, en lugar de ver el jarrón de porcelana china, vio las estrellas, porque el puño de Nick McDonald se hundió en su hígado como un arpón ballenero.

El tipo se dobló al instante, soltando un bramido.

Un segundo después, el otro puño del investigador se estrellaba con potencia en la mandíbula del fulano del mostacho, el cual salió despedido hacia atrás, como si acabase de cocearle una mula, y cayó al suelo.

Nick se fijó en el otro sujeto.

Continuaba encogido, con los ojos apretados y el rostro teñido del color de la menta.

Nick le soltó un trallazo al pómulos y lo mandó también al suelo.

El mostachudo ya se estaba incorporando.

—¡Te voy a destripar, McDonald! —masculló sin apenas despegar los dientes.

—Procura que no te destripe yo a ti —replicó Nick.

El sujeto se fue hacia el investigador.

Le lanzó un terrorífico puñetazo, pero Nick se agachó a tiempo, y el gorila, al golpear en el vacío, perdió el equilibrio y se encontró de nuevo en el suelo.

Nick, sin perder un segundo, le atizó en la quijada con la punta de su zapato.

El individuo emitió un alarido y dejó de moverse, prácticamente inconsciente.

Su compañero ya estaba otra vez en pie, con el pómulo izquierdo colorado como un tomate y abultando más de lo debido.

—Te voy a convertir en un pingajo, McDonald.

—A ver si es verdad, cara de garfio —repuso Nick, muy atento a los puños del fulano.

Cuando este le lanzó la derecha, el investigador apartó hábilmente la cabeza y esquivó el golpe.

El gorila no pudo esquivar el puño de Nick, que se incrustó en su mentón con mucha fuerza.

El tipo cayó de espaldas al suelo.

Nick disparó la pierna derecha y le golpeó duramente en el maxilar inferior, arrancándole un prolongado grito.

Al fulano se le fueron las ganas de levantarse de nuevo.

Y las fuerzas necesarias para ello.

Lo mismo le sucedía a su compañero.

En aquel momento se entreabrió la puerta y un tercer personaje asomó la cara por el hueco.

La sorpresa que se llevó Nick McDonald fue mayúscula.

Conocía a aquel hombre.

No personalmente, sino por los periódicos, que últimamente hablaban mucho de él.

Se trataba de Glenn Robinson, uno de los más firmes candidatos al cargo del senador del estado de Georgia.

CAPÍTULO II

GLENN ROBINSON encanutó los labios y lanzó un silbido de sorpresa.

—Increíble... —murmuró, observando a los tíos individuos que yacían en el suelo, quejándose lastimosamente—. Verdaderamente increíble...

Nick McDonald no supo qué decir.

Glenn Robinson acabó de abrir la puerta y entró en el despacho.

Era un hombre de estatura corriente, más bien delgado, de facciones correctas, cabello oscuro, con algunas hebras plateadas en las sienes. Tenía cuarenta y ocho años, y vestía impecablemente.

Miró al investigador, mostrando una sonrisa cordial.

—Nick McDonald, ¿verdad?

—Sí.

—Permítame que me presente, señor McDonald. Soy...

—No es necesario que se presente, señor Robinson —le interrumpió—. Sé quién es usted.

—Mejor, mucho mejor —dijo Glenn Robinson, ensanchando la sonrisa.

Una sonrisa ciertamente contagiosa.

Sin embargo, Nick continuó serio, porque sospechaba que el par de fulanos le habían atacado por orden del candidato a senador.

Y se preguntaba por qué razón los había lanzado contra él.

Como no lograba dar con una respuesta lógica, decidió preguntárselo a Glenn Robinson:

—¿Conoce a estos individuos, señor Robinson?

—Sí.

—¿Quiénes son?

—Mis guardaespaldas.

—Conque sus guardaespaldas, ¿eh?

—El del bigote se llama Jackson. El otro, Logan. Son buenos chicos, aunque por su aspecto parezca lo contrario.

—¿Por qué les ordenó que me dieran una paliza?

Glenn Robinson empezó a reír, al tiempo que sacudía la cabeza.

—Por favor, no piense eso, señor McDonald.

—¿Que no lo piense? Ellos admitieron que alguien les había encargado que me propinasen una buena zurra. Y trataron de dármele.

Glenn Robinson desvió sus ojos y los posó en Jackson y Logan, que continuaban en el suelo, emitiendo quejidos.

—A la vista está que la zurra se la dio usted a ellos...

—Eso no cambia las cosas, señor Robinson.

Este volvió a mirar al investigador.

—Señor McDonald, yo no ordené a mis guardaespaldas que le diesen una paliza, sino solo que simulasen que pretendían dársela. Me interesaba saber cómo reaccionaría usted ante una situación semejante.

—¿Cómo esperaba usted que reaccionase? —gruñó Nick.

—Exactamente como lo ha hecho: haciéndoles frente bravamente, sin achicarse lo más mínimo ante su corpulencia. Aunque debo confesar que no esperaba que pudiera usted ponerlos fuera de combate con tanta facilidad. Cuando sonó el primer grito, puse en marcha mi cronómetro. La pelea duró exactamente cuarenta y siete segundos. Todo un récord, señor McDonald. ¿Quién le enseñó a pelear así?

Nick estaba bastante desconcertado.

—Vamos a ver si lo entiendo, señor Robinson —dijo, rascándose una patilla—. Si yo no me hubiera defendido, ¿sus guardaespaldas no me hubiesen golpeado?

—Efectivamente. Si usted no pegaba primero, ellos tenían orden de no golpearle. Y, si usted lo hacía, de defenderse lo mejor posible, pero siempre procurando no causarle a usted daños mayores. Solo se trataba de averiguar qué tal peleaba usted.

—¿De averiguar qué tal peleaba yo?

—Sí.

—¿Para qué?

—Deseo contratarle, señor McDonald.

—¿Quiere decir que necesita los servicios de un investigador privado?

Glenn Robinson cabeceó en sentido negativo.

—Lo que necesito es un guardaespaldas.

—Yo no soy guardaespaldas, soy investigador.

—Lo sé.

—Además, usted ya tiene dos guardaespaldas.

—No lo necesito para mí, sino para mi hija.

—¿Para su hija...?

—Sí. Se llama Sally.

Nick sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor Robinson. Yo no sirvo para guardaespaldas, no va con mi carácter.

El hombre que aspiraba a ser elegido senador por el estado de Georgia se inclinó sobre sus guardaespaldas y los zarandéó.

—Venga, muchachos, poneos en pie. Quiero hablar a solas con el señor McDonald.

Los tipos se incorporaron con lentitud.

El llamado Jackson hizo una mueca de sufrimiento.

—Me duele hasta el bigote, señor Robinson...

—El investigador debe jugar al fútbol en sus ratos libres —rezongó Logan, tocándose la contusionada mandíbula—. Suelta cada patada que...

—Luego os daré unos dólares para árnica —dijo Glenn Robinson—. Hale, esperadme ahí afuera.

Jackson y Logan salieron del despacho.

Glenn Robinson volvió a encararse con el investigador:

—¿Por qué no nos sentamos, señor McDonald?

—Podemos hacerlo si quiere, pero le advierto que no logrará convencerme.

—Déjeme al menos intentarlo.

—Como quiera.

Glenn Robinson ocupó la silla que había ante la mesa del investigador, y este se sentó en su sillón.

El candidato a senador extrajo una cajetilla de emboquillados.

—¿Un pitillo, señor McDonald? —ofreció, alargando el brazo.

Nick cogió un cigarrillo y se lo llevó a los labios, mientras con la otra mano accionaba su encendedor de mesa, el cual aproximó a Glenn Robinson.

Este prendió fuego a su cigarrillo y luego lo hizo Nick.

Tras exhalar una bocanada de humo, Glenn Robinson preguntó:

—¿Le extraña a usted que tenga guardaespaldas, señor McDonald?

—No, en absoluto. Los hombres importantes suelen tener muchos amigos, pero también algunos enemigos. Y no cabe duda de que usted es, en estos momentos, uno de los hombres más importantes de Atlanta. Incluso de todo el estado de Georgia. En consecuencia, es de suponer que tenga enemigos. Es lógico que se haya buscado protección.

Glenn Robinson hizo un gesto de asentimiento.

—Está usted en lo cierto, señor McDonald: tengo enemigos. No los había tenido nunca, pero surgieron al poco tiempo de presentar mi candidatura para las próximas elecciones. Y lo que más me preocupa es que no sé quiénes son, porque no dan la cara. Se limitan a amenazarme por teléfono y a enviarme notas anónimas.

—Quieren que retire usted su candidatura, ¿verdad?

—Así es.

—Pero usted no está dispuesto a hacerlo...

—Naturalmente que no. Por ese motivo contraté a Jackson y a Logan. No es que me agrade tener guardaespaldas, pero comprendo que necesito protección. Hasta ahora, mis enemigos no han intentado llevar a cabo ninguna de sus amenazas, pero las elecciones están cerca y temo que lo intenten de un momento a otro. Yo cuento con la protección de Jackson y Logan, pero mi hija se riega rotundamente a salir a la calle acompañada de un par de guardaespaldas. No le gustan, dice que todos son unos brutos.

Nick sonrió ligeramente.

—Opino igual que su hija, señor Robinson.

—Ahora no se trata de opinar sobre si los guardaespaldas son

hombres más o menos brutos, señor McDonald, sino de hacer frente a la realidad. Y la realidad es que tanto yo como mi hija corremos peligro. Ella mucho más que yo, porque no acepta la protección de un par de guardaespaldas; ni siquiera de uno solo.

—En ese caso, ¿por qué quiere contratarme a mí como guardaespaldas de su hija? Si ella no acepta protección....

—Usted no tiene aspecto de guardaespaldas. De bruto, para hablar más claro. Y es lógico, porque no es guardaespaldas, sino investigador privado. Puede trabar amistad fácilmente con mi hija, y de este modo, estar cerca de ella. Mientras mi hija no descubra que yo le he contratado para que la proteja, no le echará de lado.

—¿Por qué cree que me será fácil trabar amistad con su hija?

Glenn Robinson sonrió astutamente.

—Tengo entendido que posee usted una rara habilidad para hacer amistad con las mujeres, señor McDonald...

—¿Sí...? ¿Quién se lo ha dicho?

—El teniente Meeker, del Departamento de Homicidios.

—El teniente Meeker me tiene por un mujeriego.

—¿Y no lo es?

Nick carraspeó.

—Bueno, la verdad es que me gustan mucho más las piernas de una mujer que las de un sargento de artillería...

Glenn Robinson se echó a reír.

—¿Fue el teniente Meeker quien le aconsejó que viniera a hablar conmigo, señor Robinson? —preguntó Nick.

—Sí. En vista de que mi hija no aceptaba la protección de un guardaespaldas, fui a ver al teniente Meeker y le rogué que me proporcionara un agente para tal menester, pero no pudo atender mi petición. Podía facilitarme un agente para dos o tres días, pero no más. Fue entonces cuando me habló de usted.

—No muy bien, ¿verdad?

—Todo lo contrario.

—Sí que es raro, porque el teniente Meeker me tiene manía...

—Se equivoca; el teniente Meeker le aprecia.

—No me diga...

—En su opinión, dentro de poco será usted el investigador privado más cotizado de Atlanta.

Nick puso cara de asombro.

—Eso no pudo haberlo dicho el teniente Meeker.

—De juro que sí, señor McDonald.

—Diablos... En ese caso, ¿por qué casi nadie me contrata?

—Porque está usted empezando, y por ello, apenas se le conoce.

Pero todo se andará, no se preocupe.

—Como no se ande pronto, no sé qué voy a comer

—Escaso de fondos, ¿eh?

—Escasísimo.

—¿Cuál es su tarifa, señor McDonald?

—Veinticinco dólares diarios. Pero como ya le he dicho, tengo pocas oportunidades de aplicarla.

—Yo le pagaré cincuenta.

—¿Como guardaespaldas de su hija?

—Claro.

Nick hizo un gesto de denegación,

—Lo lamento, señor Robinson, pero no puedo aceptar.

—Setenta y cinco.

—No, lo siento.

—Cien.

Nick agrandó los ojos.

—¿Cien pavos diarios...?

—Sí.

—¿No le parece demasiado?

—La seguridad de mi hija no tiene precio, señor McDonald. Estoy dispuesto a pagarle no solo cien dólares diarios, sino lo que me pida.

Nick se acarició la barbilla, pensativo.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba su hija, señor Robinson?

—Sally.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés.

—¿Lleva encima alguna foto suya?

—Sí, una muy reciente —asintió Glenn Robinson, echando mano de su billetera. De ella extrajo una fotografía, que tendió al investigador, diciendo—: Esta es, señor McDonald.

Nick tomó la foto y la observó.

Le gustó tanto lo que vio, que apenas unos segundos después decía:

—Su hija ya tiene guardaespaldas, señor Robinson.

CAPÍTULO III

SALLY ROBINSON abrió la puerta del despacho de su padre y asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar, papá? —inquirió con la sonrisa en los labios.

Glenn Robinson, que estaba revisando unas anotaciones, levantó los ojos y miró a su hija.

—Claro que sí, Sally —autorizó, sonriendo también.

Ella entró en el despacho y caminó con gracia hacia la mesa tras la cual se hallaba sentado su padre.

Sally era una joven de rostro precioso y cuerpo esbelto, admirablemente proporcionado. Tenía el cabello negro, corto. Vestía unos ceñidos pantalones, azul celeste, y una bonita blusa, muy ajustada también.

—Siento tener que interrumpir tu trabajo, papá, pero es que voy a salir de compras y necesito dinero.

—¿Cuánto?

—Bueno, con cincuenta dólares creo que me arreglaré esta vez.

—¿Que vas a comprarte? —preguntó Glenn Robinson, mientras buscaba su billetera.

—Un bolso de piel.

—¿Otro...? Pero si tienes trescientos sesenta y cinco.

La muchacha rompió a reír.

—Trescientos sesenta y cinco son los días que tiene el año, no los bolsos que tengo yo.

—No te faltarán muchos, no —refunfuñó Glenn Robinson, entregándole los cincuenta dólares.

—Exagerado... —dijo ella, dándole un cariñoso pellizco en la mejilla,

—Este pellizco de ahora es para que olvide el otro, ¿verdad?

—¿Qué otro?

—El que le has dado a mi billetera. Y van...

Sally volvió a reír alegremente.

—Eres terrible, papá.

—Y tú una saqueadora, con cara de ángel bueno.

Ella le echó los brazos al cuello y le besó.

—Te quiero mucho, ¿lo sabías?

Glenn Robinson se emocionó, como siempre que su hija le decía cosas como aquella.

—Claro que lo sé, Sally.

—Pero tú a mí más todavía, ¿a que sí?

—Por lo menos, igual.

—No, no, estoy segura de que tú me quieres más. Tanto, que no has querido casarte de nuevo, a pesar de que mamá falleció cuando yo solo tenía, siete años. Y no lo has hecho por temor a que tu nueva esposa no llegase a quererme lo suficiente. ¿Verdad que no te has vuelto a casar por eso?

—Es una de las razones, sí —confesó Glenn Robinson—. La otra, que quise mucho a tu madre. Su imagen sigue viva en mi recuerdo, a pesar de los años transcurridos desde su muerte. Y tú has tenido mucho que ver en ello, porque eres su vivo retrato. No solo te pareces físicamente a ella, sino también en el carácter.

—¿También ella le daba pellizcos a tu billetera para comprarse cosas?

—¡También, también! —respondió él, riendo.

La joven le besó nuevamente.

—Hasta luego, papá.

—Sally... —carraspeó Glenn Robinson.

Ella, que ya se había puesto en movimiento, se detuvo.

—¿Sí, papá?

—¿Querrías hacerme un favor?

—Ya sabes que sí.

—Llévate a Jackson.

La muchacha se puso seria.

—No, no me llevo a Jackson.

—Pues a Logan.

—Tampoco.

—Sally... —quiso insistir Glenn Robinson.

—Ya sabes lo que opino de los guardaespaldas, papá —le cortó ella.

—También sabes por qué contraté yo a dos de ellos.

—Sí, lo sé.

—No me gusta que salgas sola de casa, Sally. Temo que pueda sucederte algo.

Ella sonrió suavemente.

—No me sucederá nada, no te preocupes. Ni a ti, aunque no hubieses contratado a ese par de gorilas.

Glenn Robinson enarcó las cejas.

—¿Acaso tomas a broma las amenazas que recibo...?

—Por supuesto que no, papá. Pero la verdad es que no creo que la persona que te telefonea y te manda notas anónimas de cuando en cuando se atreva a hacernos nada. Solo trata de asustarte con sus amenazas, para que retires tu candidatura.

Glenn Robinson exhaló un suspiro.

—Ojalá estés en lo cierto, Sally.

—Ya verás como sí.

La joven se despidió con un gesto y salió del despacho.

Caminó con paso ligero hacia el vestíbulo.

Allí se encontró a Jackson y a Logan.

Se detuvo ante ellos, cosa que nunca hacía, y se fijó en sus caras.

—¿Qué les ha ocurrido...? —inquirió, sorprendida.

—¿A nosotros? —repuso el mostachudo Jackson, turbado.

—Sí, a ustedes.

—Nada, señorita Robinson —respondió Logan, rasándose nerviosamente su ganchuda nariz.

—¿Nada...? ¿Y cómo se han producido esos moretones que veo en sus caras?

Jackson y Logan intercambiaron una mirada.

El primero emitió un carraspeo y contestó:

—Bueno, señorita, verá... Es que cuando no tenemos con quién pegarnos, nos pegamos el uno al otro.

—¿Qué...? —parpadeó Sally, perpleja.

—Es verdad, señorita —corroboró Logan—. Él me sacude a mí, y yo le sacudo a él. De ese modo, siempre estamos en forma.

—¡Cuando yo digo que todos los guardaespaldas son unos brutos! —exclamó la joven, y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

Salió de la casa.

Su coche, un «Mustang» blanco, de solo dos plazas, se hallaba estacionado junto a la acera.

Sally se introdujo en él y puso en marcha el motor.

El vehículo arrancó inmediatamente.

Segundos después, por una bocacalle próxima, aparecía otro automóvil.

Se trataba de un «Ford» que estaba pidiendo a gritos una mano de pintura.

Siguió al «Mustang» de Sally Robinson, pero de lejos.

Minutos más tarde, el «Mustang» se detenía delante de unos grandes almacenes.

El «Ford» hizo lo propio, pero a muchos metros del «Mustang».

Sally Robinson descendió del vehículo y entró en los almacenes.

Veinte minutos después, salía de ellos, con un bonito bolso de piel colgado del hombro derecho.

—Inesperadamente, algo se posó sobre su... sobre su... ¡sobre su nalga izquierda!

¡Algo muy parecido a una mano!

Y la mano tanteó.

Sally, que se había quedado totalmente paralizada por la sorpresa, se volvió bruscamente, con la mano derecha en alto, y ¡zas!, le soltó una tremenda bofetada al propietario de aquella atrevida mano que se había permitido semejante grosería.

El tipo, un joven de pelo castaño, no mal parecido, trastabilló por la fuerza del golpe y acabó en el suelo, él y el bastón que llevaba en la mano derecha, el cual perdió durante la caída.

—¡Oh...! —exclamó ahogadamente Sally, llevándose una mano

a los labios, cuando vio que el joven a quien acababa de abofetear con ganas gateaba sobre la acera, tanteando el suelo con ambas manos, con los ojos fijos en un punto indefinido.

Algunos transeúntes se habían detenido.

Uno de ellos, un hombre de unos cuarenta años cogió al joven por el hombro derecho, diciendo:

—No se preocupe, joven, yo le ayudaré a levantarse,

—Gracias... —murmuró apenas el que había recibido la bofetada, cuya mejilla izquierda se había puesto roja como la grana.

Ayudado por el cuarentón, logró ponerse en pie.

Otro de los transeúntes que se habían detenido, un hombre de mediana edad también, algo barrigudo, se agachó y recogió el bastón.

—Aquí tiene su bastón, joven —dijo, poniéndole su empuñadura en la mano derecha.

—Muchas gracias... —dijo el de la mejilla irritada, cerrando su mano sobre el bastón.

—¿Se ha hecho daño en la caída, joven? —pregunté una mujer de unos treinta y cinco años, bastante atractiva.

—No, estoy bien, gracias.

Otra mujer; cincuentona, muy voluminosa, miró con dureza a Sally Robinson.

—¿No le da vergüenza, pegarle a un pobre ciego?

La muchacha, que había enrojecido hasta la raíz de sus cabellos casi desde el segundo siguiente de darse cuenta de que le había dado una bofetada a un invitante, solo acertó a balbucir:

—Yo... yo no...

—Cómo está la juventud de hoy... —dijo una anciana muy menuda, en tono de censura—. En lugar de ayudar el necesitado, palos con él.

—Eh, señora, que yo solo tengo dieciocho años y no sería capaz de atizarle una bofetada a un ciego —repuso una joven pelirroja, muy bonita, saliendo en defensa de su generación.

Sally estaba a punto de echarse a llorar de vergüenza,

—Yo... yo no sabía que este joven estaba ciego... —dijo débilmente.

—¿Por qué le pegó? —inquirió, ceñudo, el hombre que había ayudado a levantarse al joven del bastón.

—Porque creí... porque creí que estaba intentando aprovecharse de mí...

—Esta joven tiene razón —intervino el de la mejilla roja, que seguía sin mirar a nadie—. Mi mano tropezó con algo, y yo tanteé, para saber lo que era... Como es una chica decente, me dio la bofetada. Pero porque no advirtió a tiempo que yo era invidente, como ya ha dicho... Les agradezco a todos ustedes que me hayan ayudado y se hayan interesado por mí, pero, por favor no censuren a esta señorita por lo que ha hecho. La culpa fue únicamente mía.

Al oír aquello, a Sally se le saltaron unos lagrimones como guisantes.

Los transeúntes que se habían detenido, al ver llorar a la joven, empezaron a dispersarse, reanudando cada cual su camino.

Sally y el joven de mirada perdida quedaron solos

Él carraspeó ligeramente.

—¿Sigue usted ahí, señorita...?

—Sí... —respondió ella, dando un hipido.

—¿Está usted llorando?

—No... —mintió Sally.

El joven alargó la mano izquierda hacia el rostro de la muchacha, el cual localizó con alguna dificultad, y le rozó las mejillas con las yemas de los dedos.

—Sí, está usted llorando, señorita... Tiene las mejillas mojadas...

—Siento mucha pena...

El joven sonrió bondadosamente, mientras retiraba su mano.

—Le ruego que deje de llorar, señorita. Y olvide lo sucedido.

—No puedo olvidarlo...

—Por favor...

—Le di una bofetada terrible.

—Le repito que la culpa fue mía.

—Lo tiré al suelo...

—Me caí porque soy invidente, y los invidentes perdemos fácilmente el equilibrio, al estar siempre inmersos en la más absoluta oscuridad.

—¿Será usted capaz de perdonarme?

—No tengo nada que perdonarle, señorita.

—Ya lo creo que sí. Diga que me perdona o no podré dejar de llorar.

—Está bien, la perdono, señorita...

—Sally, Sally Robinson.

—Sally... —repitió el joven—. Qué nombre tan bonito...

—¿De veras le gusta? —preguntó ella, más animada.

—Oh, sí, mucho.

—¿Cómo se llama usted?

—Nick McDonald.

Sally le tomó la mano.

—Gracias por haberme perdonado, señor McDonald.

—¿Me perdona usted a mí por lo que hice?

—Naturalmente que sí. Si sus ojos no pueden ver, es lógico que tropiece usted con las personas.

—Y con las cosas. Hace tan solo unos minutos me di contra un semáforo y casi lo arranco.

—¡Santo cielo...! —musitó Sally.

—Es que todavía no me he adaptado a mi nuevo estado, ¿sabe?

—¿No es usted ciego de nacimiento?

—Oh, no. Apenas hace tres meses que perdí la vista.

—Dios mío...

—¿Quiere saber cómo sucedió?

—Si no le resulta demasiado triste hablar de ello...

—Yo era investigador privado, ¿sabe? Iba siguiendo un par de individuos que estaban chantajeando a la esposa de mi cliente. Los tipos se dieron cuenta de que les seguía y me esperaron en un callejón. Allí sostuvimos una dura pelea. Yo caí al suelo y me di un fuerte golpe en la cabeza. Cuando recobré el sentido, ya no veía.

—Que desgracia...

—Sí, fue cuestión de mala suerte,

—¿Qué le dijo el doctor...?,

—Que no pierda totalmente las esperanzas de volver a ver. Según él, tengo casi un cincuenta por ciento de probabilidades de recuperar la vista.

—Dios lo quiera.

El astuto investigador volvió a mostrar una sonrisa bondadosa.

—Gracias, señorita Robinson. Es usted muy amable.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor McDonald?

—Bueno, si no le causa demasiada molestia, le agradecería muchísimo que me acompañase a casa.

—Lo haré con mucho gusto.

—Vivo bastante lejos de aquí, ¿sabe?

—Oh, no importa. Tengo mi coche estacionado ahí delante. Cójase de mi brazo y le llevaré hasta él.

—Gracias, señorita Robinson...

Poco después, estaban los dos en el interior del «Mustang».

Nick le dio su dirección y Sally puso en marcha el coche.

—¿Cómo llegó hasta aquí, señor McDonald?

—Marcelina me acompañó.

—¿Quién es Marcelina?

—La chica que me atiende. Bueno, que me atendía, porque estoy seguro de que no volveré a verle el pelo, y no precisamente porque esté ciego.

—¿Qué sucedió?

—¡Pues que Marcelina se hartó de atenderme durante las veinticuatro horas del día! Eran muchas las cosas que tenía que hacer. Arreglar la casa, cocinar, lavar mi ropa, sacarme a pasear... Y como yo no podía pagarle mucho se largó, dejándome en plena calle.

—¿Y qué va a pasar ahora?

Nick encogió los hombros.

—Tendré que apañarme solo.

—¿Solo...?

—Qué remedio... A Marcelina le pagué el mes por adelantado, porque ella así lo exigió. Y se ha largado a los nueve días justos. Puede que encuentre otra muchacha dispuesta a atenderme por el mismo sueldo que le pagaba a Marcelina, aunque no me será fácil... De rodos modos, no la buscaré hasta dentro de tres semanas. Hasta entonces, no tendré con qué pagarle...

—Sé cómo solucionar su problema, señor McDonald.

—Si está pensando en ofrecerme dinero, olvídelo, señorita Robinson. Yo no acepto ni un solo centavo de una mujer.

—No pensaba ofrecerle dinero, sino ayuda.

—¿Ayuda...? ¿Qué clase de ayuda?

—Yo ocuparé el puesto de Marcelina durante las próximas tres semanas.

Nick dio un respingo.

—¿Usted...?

—Sí, yo. Y no tendrá que pagarme sueldo alguno.

—Pero...

—Está decidido, señor McDonald.

—¿Se da usted cuenta de que tendrá que vivir durante ese tiempo en mi casa...?

—Por supuesto.

—¿Y no le importa?

—En absoluto. Ahora mismo pasaremos por mi casa y cogeré lo necesario para instalarme en la suya.

—¿Qué pensará su familia...?

—Mi padre es mi única familia. Y él no se opondrá, porque es un hombre comprensivo, con un corazón que no le cabe en el pecho. Seguro que habrá oído usted hablar de él.

—¿De su padre?

—Sí. Se llama Glenn Robinson.

—¿El candidato a senador...? —volvió a respingar Nick, que representaba su papel a la perfección.

—El mismo.

—Los periódicos hablan muy bien de su padre, señorita Robinson.

—¿Los periódicos? —repitió ella, mirándole con extrañeza.

Nick tosió levemente y se apresuró a aclarar:

—Marcelina me los leía.

—Sí, claro.

Sally Robinson, por el momento, no dijo nada más. Nick Donald sonrió interiormente.

Su plan había sido un éxito completo.

Sin embargo, todavía faltaba algo: saber si Glenn Robinson le

permitiría seguir adelante con él...

CAPÍTULO IV

SALLY ROBINSON detuvo el «Mustang» delante de su casa, junto a la acera.

—Ya hemos llegado, señor McDonald. Espere un momento y le ayudaré a salir del coche.

—¿No sería mejor que yo aguardase aquí? —repuso Nick.

—Quiero que conozca a mi padre. Y él también querrá conocerle a usted, dado que...

—Sí, lo comprendo, señorita Robinson.

La muchacha salió del vehículo, ayudó a salir al zorro de Nick McDonald, y le llevó hacia la puerta de la casa.

—Con cuidado ahora, señor McDonald, que hay cuatro escalones.

—Esos son precisamente mis grandes enemigos: los escalones.

—Espacio...

Cuando hubieron subido los cuatro escalones, Sally sacó su llave y abrió la puerta.

—Adelante, señor McDonald.

El investigador entró en la casa, con el cuello tieso y tanteando el suelo con su bastón.

Jackson y Logan, al verle aparecer de aquella forma, se pusieron en pie lentamente y se quedaron mirándole con la boca abierta.

Nick tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír, porque a esto precisamente invitaban las expresiones de perplejidad de los dos guardaespaldas del candidato a senador.

El investigador, llevado del brazo por Sally Robinson, empezó a

cruzar el vestíbulo.

Al pasar por delante de los guardaespaldas, se detuvo y tanteó con su bastón la pierna izquierda del mostachudo Jackson.

—¿Qué es esto, señorita Robinson?

—Es...

—Déjeme que lo adivine. Una de las columnas de mármol del vestíbulo, ¿verdad?

La joven cubrió su boca, para contener la risa.

—No, no es una columna de mármol, señor McDonald. Es una pierna...

—¿Una pierna...?

—Sí.

—De elefante, disecada, que su padre tiene aquí como adorno.

—No, es de hombre —aclaró la muchacha—. Del hombre que está delante de usted...

Nick retiró rápidamente el bastón.

—Disculpe usted, señor, sea quien sea —dijo, sonriendo nerviosamente.

—No se preocupe, señor McDonald —dijo Sally—. Se trata de uno de los empleados de mi padre.

Jackson, tan intrigado como su compañero por el extraño comportamiento del investigador privado, inquirió:

—¿Qué le pasa a este hombre, señorita Robinson...?

—Es invidente —respondió ella.

—¿Invidente...? —repitió Logan.

—Sí. Vamos, señor McDonald. Mi padre debe de estar en su despacho.

Nick se dejó guiar, mondándose de risa interiormente.

Sally lo condujo al despacho de su padre.

Este, efectivamente, continuaba allí.

También él, como Jackson y Logan, se llenó de perplejidad al ver al investigador llevado del brazo por Sally y tanteando con un bastón.

La muchacha, sonriendo, dijo:

—Papá, quiero presentarte a un amigo. Se llama Nick McDonald.

Nick se cambió de mano el bastón y extendió el brazo diestro.

—Es un honor para mí conocerle personalmente, señor Robinson.

Este se levantó maquinalmente y estrechó la mano del investigador.

—Muy amable, señor McDonald.

Sally, con gestos, le dijo que el joven no veía.

Glenn Robinson tuvo que admitir que Nick McDonald era un actor de primera. Nadie diría que no estaba ciego de verdad.

Tras un carraspeo, el candidato a senador dijo:

—Nunca me habías hablado del señor McDonald, Sally...

—Acabo de conocerle, papá.

—¿Ah, sí...?

—Justo delante de los almacenes donde me compré el bolso.

Nick sintió un ramalazo de frío en la espalda.

—Yo, que salía muy distraída —continuó ella—, tropecé con él y le hice caer al suelo.

«Menos mal —pensó Nick—. Si llega a decirle que mi mano se posó y...»

—¿Se hizo usted algún daño, señor McDonald...? —preguntó Glenn Robinson.

—No, afortunadamente —respondió Nick.

—Le ruego que disculpe a mi hija, señor McDonald. Sally es...

—Sally es una chica estupenda, señor Robinson —le interrumpió Nick—. Se ha ofrecido desinteresadamente para... Bueno, será mejor que sea ella quien se lo diga.

Glenn Robinson miró a su hija, sonriendo.

—¿A qué te has ofrecido, Sally?

—A atender al señor McDonald durante las próximas tres semanas. La chica que lo hacía le ha dejado, y a él le es imposible contratar a otra hasta dentro de tres semanas. Tú no te opones, ¿verdad?

—Bueno, yo...

La joven se le aproximó rápidamente y le dio un beso.

—Gracias, papá; sabía que estarías de acuerdo —dijo, y se encaminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Sally?

—Arriba, a mi habitación, a recoger lo necesario para instalarme en casa del señor McDonald.

—¿Instalarte en su casa...? —respingó Glenn Robinson.

—Sí.

—¿Es que piensas quedarte también por las noches...?

—Naturalmente. El señor McDonald, no puede quedarse solo en ningún momento, dadas las circunstancias...

Glenn Robinson se pasó la mano por la cara.

—Sally...

—Vuelvo enseguida, señor McDonald —dijo ella, y salió del despacho.

Glenn Robinson clavó sus ojos en el investigador.

Este, al quedarse a solas con el hombre que le había contratado como guardaespaldas de su hija, dejó de representar su papel de invidente y exhibió una sonrisa de satisfacción.

—La cosa marcha, señor Robinson —dijo, haciendo girar hábilmente el bastón en su mano, a lo Maurice Chevalier.

—Sí, ya veo que ha logrado trabar amistad con Sally, Y de una forma muy original, además. Pero si piensa que voy a permitir que mi hija pase las noches en su casa, está usted muy equivocado, señor McDonald.

—Señor Robinson...

—Ahórrese las explicaciones. Sally no dormirá en su casa.

—¿Qué es lo que teme?

—Usted sabe perfectamente lo que temo. Sally es una joven muy atractiva, y usted un hombre apuesto, que además, entiende de faldas como nadie.

—Señor Robinson, le doy mi palabra de que respetaré a su hija en todo momento.

—Lo siento, pero no puedo fiarme de su palabra.

—Si no se fía de mí, ¿por qué me ha contratado? —replicó Nick, molesto.

—Yo le he contratado para que dé protección a mi hija, no para que se la lleve a dormir a su casa.

—Es el único modo de poder darle protección durante veinticuatro horas del día.

—Sally solo necesita protección cuando sale de casa.

—Señor Robinson, todavía faltan tres semanas para las elecciones...

—Eso ya lo sé.

—Y Sally es una joven muy inteligente, usted mismo lo dijo.

—Sí, es muy inteligente.

—La hubiera resultado sospechoso tropezarse conmigo cada vez que saliese de casa.

—Siendo amigos...

—Aun así. Lo de fingirme ciego era mucho más seguro.

Glenn Robinson guardó silencio.

Parecía estar reflexionando.

—Decídase pronto, señor Robinson —apremió Nick—. Sally regresará de un momento a otro.

—¿Me jura usted que no intentará...?

—Trataré a Sally como si fuera mi madre. Entre otras cosas, para no ganarme la enemistad del futuro senador del estado de Georgia...

Glenn Robinson sonrió levemente,

—De acuerdo, señor McDonald. Voy a confiar en usted, a pesar de su fama de mujeriego.

—¿Quiere una prueba de que no soy tan mujeriego como el teniente Meeker dice? Mire, una rubia que se llama Mary Ann y está muy requetebién, me ha invitado a cenar en su casa esta noche. Y pensaba acudir, ¿sabe? Sin embargo, no voy a ir, porque ahora solo me importa la seguridad de su hija.

Glenn Robinson iba a decir algo, pero en aquel momento regresó Sally, llevando una pequeña maleta.

—Ya estoy lista, señor McDonald. ¿Nos vamos?

—Cuando usted quiera, señorita Robinson —respondió Nick de nuevo en su papel de invidente.

—¿Qué le ha parecido mi padre?

—Es un hombre extraordinario. Todos los elogios que los periódicos le están dedicando, son merecidos. Me apuesto el bastón a que triunfa en las elecciones.

La joven rio.

Glenn Robinson se limitó a sonreír.

Sally le miró.

—¿Y a ti, papá, qué opinión te merece el señor McDonald?

Glenn Robinson dejó oír un carraspeo.

—Creo que es un buen muchacho, Sally.

—Yo también. Por eso me ofrecí a ayudarlo.

—Se lo merece, hija.

Sally y Nick se despidieron de Glenn Robinson y abandonaron el despacho.

El candidato a senador se dejó caer en su sillón, y con gesto de honda preocupación, murmuró:

—Me pregunto si no habrá sido peor el remedio que la enfermedad...

* * *

Lyon Watts, un tipo alto, fuerte, apuesto, de cuarenta y dos años de edad, se llevó un cigarrillo a los labios y le prendió fuego con su encendedor de oro.

Lyon Watts era otro de los candidatos al puesto de senador del estado de Georgia.

Se hallaba en su despacho, amplio y lujoso, sentado tras su mesa, de dimensiones similares a las de una mesa de billar.

Delante de la misma, sentado también, se encontraba Al Hopper, su hombre de confianza, un sujeto delgado y menudo, con cara de hormiga, al que se le podían conceder unos cuarenta y cinco años.

—Solo nos quedan tres semanas, Al —dijo el candidato a senador, expulsando pausadamente el humo que había llevado a sus pulmones.

—Sí, solo tres semanas, señor Watts.

—Y hasta el momento presente, no hemos logrado absolutamente nada.

Al Hopper se rascó detrás de la oreja.

—Bueno, yo diría que sí hemos logrado algo, señor Watts: asustar a Glenn Robinson, su más directo rival en las próximas elecciones.

—Es evidente que no lo hemos asustado lo suficiente, puesto que no ha retirado su candidatura.

—También es evidente que tiene miedo. Así lo demuestra el hecho de que haya contratado a dos tipos cara que le den protección. Jamás sale de casa sin ellos,

Lyon Watts miró fijamente a su hombre de confianza.

—De nada me sirve que Glenn Robinson tenga miedo, si no retira su candidatura.

—Eso es verdad, señor Watts —convino Hopper.

—Quiero ser elegido senador, Al. Es lo que más deseo en este mundo.

—Lo será, aunque Glenn Robinson no se retire. Tal vez por escaso margen de votos, pero lo será.

—Es probable que así fuera. Pero no quiero correr ningún riesgo, ni grande ni pequeño. Y Glenn Robinson no es precisamente un riesgo pequeño.

—Cierto.

Lyon Watts inhaló nuevamente su cigarrillo e indicó:

—Ha llegado el momento de entrar en acción, Al.

—Apruebo su decisión, señor Watts —sonrió Hopper—. Hay que demostrarle a Glenn Robinson que no le amenazábamos en broma.

—Y se lo demostraremos dándole un buen susto a su hija.

—Excelente idea.

—¿La chica sigue saliendo sola de casa?

—Sí, ella no lleva guardaespaldas. Jim el Duro y Max el Navaja la han seguido en varias ocasiones. La última, esta misma tarde. La chica fue a unos almacenes. Por cierto, que al salir de ellos, tuvo un incidente con un ciego.

Lyon Watts entrecerró un ojo.

—¿Qué clase de incidente?

—El ciego tropezó con ella. La chica, sin reparar en que el hombre no veía, le atizó una bofetada tan enorme que lo tiró al suelo.

—Diablos...

—Pero luego se hicieron amigos.

—¿Ah, sí...?

—La chica se lo llevó en su coche, a caca de ella, de donde salieron poco después. La luja de Glenn Robinson llevaba una pequeña maleta.

—¿Sabes adonde fueron?

—Al 290 de Belmont Street.

—¿Quién vive allí?

—Todo parece indicar que el ciego.

—¿Continúa la chica en ese lugar?

—Sí.

—Bien, entonces no hay más que hablar, Al. Ordena a Jim el Fuerte y Max el Cuchillo, que...

—Jim el Duro y Max el Navaja... —rectificó Hopper, sonriendo.

—Ah, sí, eso. Nunca recuerdo sus apodos... Bien, como te decía, ordénales que se introduzcan en casa del ciego y le metan el miedo en el cuerpo a la hija de Glenn Robinson. A ver si así, este cambia de idea...

—Seguro, señor Watts —dijo Al Hopper.

Seguidamente se levantó y salió del despacho.

* * *

Nick McDonald y Sally Robinson acababan de entrar en el pequeño apartamento donde vivía el investigador.

—¿Qué le parece mi palacio, señorita Robinson?

—Es un lugar muy acogedor —respondió ella, curioseando con la mirada.

—Por favor, no se burle...

—¿Quién se está burlando?

—Como es un apartamento tan reducido... Solo tiene cuatro estancias: el *living*, la cocina, el cuarto de baño y el dormitorio.

Sally respingó levemente.

—¿Solo un dormitorio...?

—Sí, pero no se preocupe. Yo dormiré en el sofá.

—¡Oh!, no, de ningún modo, señor McDonald. Seré yo quien duerma en el sofá.

El investigador sonrió.

—No discuta, señorita Robinson. Estamos en mi casa y aquí soy yo quien da las ordenes. Usted dormirá en mi habitación, como Marcelina, y yo en el sofá.

—¿Marcelina dormía en su habitación...?

—Sí. Yo lo dispuse así.

—Está bien, si se empeña...

—Buena chica, Sally. ¿No le importa que la llame por su nombre?

—Al contrario... Nick.

El investigador amplió su sonrisa.

—Estupendo, Sally.

—Voy a dejar mis cosas en el dormitorio —dijo ella, y se introdujo en él, saliendo poco después—. ¿Qué le parece si voy preparando la cena, Nick?

—Es una gran idea —aprobó él—. La cocina es suya, Sally.

La joven preparó una cena muy apetitosa.

Dieron buena cuenta de ella, charlaron animadamente durante un buen rato, y luego Sally sugirió:

—¿Qué le parece si nos vamos a dormir, Nick?

—¿Tiene sueño?

—Confieso que empiezan a pesarme los párpados.

—Pues hale, a la cama.

—Dejaré la puerta abierta. Si necesita alguna cosa, no dude en llamarme.

El investigador carraspeó.

—Gracias, Sally, pero puede cerrarla si quiere. Yo no suelo despertarme por las noches, las paso durmiendo de un tirón.

—De todos modos, la dejaré abierta. Buenas noches, Nick.

—Buenas noches, Sally.

La joven apagó la pantalla del *living*, entró en el dormitorio y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Empezó a desabrocharse la blusa.

Nick, que desde su posición —el sofá—, veía perfectamente el interior del dormitorio, volvió la cabeza inmediatamente, para no presenciar cómo se desnudaba la muchacha.

Le había dado su palabra a Glenn Robinson de que respetaría a su hija en todo momento, y estaba dispuesto a hacerlo hasta con el pensamiento.

Cuando Sally se metió en la cama y apagó la luz del dormitorio, Nick se desvistió, se puso el pijama, y se tendió en el sofá,

cubriéndose con una manta.

Minutos después, lograba conciliar el sueño.

Sin embargo, el investigador, que tenía un sueño muy ligero, se despertó al percibir un leve ruido.

Abrió los ojos y agudizó el oído.

Escuchó un nuevo ruido, similar al anterior.

Procedía de la puerta del apartamento.

No había duda: alguien estaba tratando de forzar la cerradura.

CAPÍTULO V

UN par de segundos después de que Nick McDonald llegase a aquella conclusión, escuchó un leve chirrido de ganzúas.

Sus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad que en aquellos momentos reinaba en el apartamento, se clavaron en la puerta que se abría lentamente.

Dos individuos se colaron silenciosamente en el apartamento y luego uno de ellos cerró la puerta, con gran cuidado.

Aun así, no pudo evitar que los goznes chirriasen de nuevo, aunque tan levemente como antes.

Los tipos se quedaron junto a la puerta, quietos como estatuas.

Permanecieron así durante un tiempo, hasta que sus ojos se habituaron a las tinieblas que envolvían el lugar.

Entonces, se adentraron en el apartamento, caminando sigilosamente. Se detuvieron delante del sofá en el que se hallaba tendido Nick McDonald.

—Es el ciego —susurró Max el Navaja.

—Está profundamente dormido —dijo Jim el Duro, en tono muy bajo también.

Max apuntó con el brazo hacia el dormitorio.

—Mira, allí se ve una cama.

—Y parece que alguien la ocupa.

—La chica.

—Seguro.

—Vamos, Jim.

—Si la chica grita, el ciego se despertará.

—Yo me ocuparé de que no grite. De todos modos, aunque lo hiciera y el tipo despertase, nada podrá hacer. Estando ciego...

—Eso es verdad, Max.

—Anda, vamos con la chica.

Max el Navaja y Jim el Duro movieron las piernas.

McDonald dejó de fingir que dormía, aparcó la manta que le cubría y se puso en pie, sin causar el más leve ruido.

Fue detrás de los tipos, con los brazos en alto y las manos entrelazadas.

Las descargó sobre la nuca de uno de ellos, con tremenda fuerza.

Jim el Duro emitió un apagado gemido y se desplomó, quedando inmóvil en el suelo.

Max el Navaja volvió la cabeza.

Nick le disparó le, derecha, a la mandíbula.

El chasquido fue de los buenos.

Max lanzó un grito y cayó de espaldas al suelo.

—¡Nick! —gritó Sally, que se había despertado.

El investigador no respondió.

Tenía que ocuparse del sujeto que seguía consciente.

Y tan consciente.

Apenas tocó el suelo, el tipo se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una enorme navaja.

Accionó un resorte y la hoja de acero apareció instantáneamente, destellando en la oscuridad.

Nick no quiso esperar a que el fulano se pusiera en pie.

Se arrojó sobre él.

Su mano izquierda se aferró a la muñeca del tipo.

Era lo más seguro para evitar un navajazo.

El individuo trató de recuperar la libertad de su brazo derecho, pero enseguida se dio cuenta de que no le iba a resultar nada fácil, porque el «ciego» evidenciaba una gran fortaleza física.

Nick intentó desarmar al sujeto.

Pero Max el Navaja también era un tipo fuerte, con experiencia, y no le daba facilidades.

Los dos hombres continuaron forcejeando en el suelo.

Sally había encendido la lámpara de la mesilla de noche, lo cual permitió que Nick y el tipo del navajón pudiesen verse las caras mucho mejor.

La joven brincó de la cama y corrió hacia el *living*.

Se le heló la sangre en las venas al ver a Nick McDonald luchando con un individuo que empuñaba una navaja.

—¡Nick...! —exclamó ella, preguntándose de qué modo podría ayudarlo.

Sus ojos recorrieron el *living*, buscando algo que poder estrellar en la cabeza del tipo de la nava:

Lo más apropiado le pareció una figura de Diana la diosa romana de la caza, hija de Júpiter y de Latona.

Descansaba sobre una repisa.

Sally corrió hacia ella y la atrapó.

Se aproximó a Nick y al individuo, que seguían rodando por el suelo.

En aquel momento, Nick estaba sobre el tipo.

Sally se vio obligada a esperar a que el sujeto de la navaja quedase sobre Nick McDonald.

Esto sucedió casi enseguida.

Sally levantó la figura de la diosa mitológica y la proyectó, con todas sus fuerzas, sobre la testa del individuo.

Diana se convirtió en pedacitos.

—¡Cielos, no...! —gimió la muchacha, llevándose las manos a las mejillas, porque justo en el instante en que ella descargaba la figura, se invirtieron las posiciones de los dos hombres, y el golpe lo recibió Nick McDonald en el cráneo.

El investigador perdió el conocimiento de forma instantánea y quedó inerte sobre Max el Navaja.

Este se lo quitó de encima y recuperó la vertical, con la respiración jadeante y el rostro mojado por el sudor.

Sally lo miró, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo.

El tipo también la miró a ella, aunque de forma bien distinta.

Los ojos de Max el Navaja no reflejaban temor, sino admiración por lo que estaban viendo.

Y lo que estaba viendo era el maravilloso cuerpo de la muchacha, apenas velado por el camisón que llevaba puesto, largo

hasta los pies, pero transparente.

—Estás como quieres, primor... —piropeó.

Sally quiso decir algo, pero no le salió la voz.

Max alargó el brazo derecho y el extremo de la navaja rozó el vientre de la muchacha.

Ella dio un paso hacia atrás.

El tipo lo dio hacia adelante y la punta de la navaja volvió a rozar la piel de la joven a través del delgado tejido del camisón.

Sally, aterrada, retrocedió más, hasta que su espalda choco contra la pared.

Max, que había ido avanzando al mismo tiempo que ella retrocedía, subió lentamente la navaja y la apoyó en la suave garganta femenina.

—Podría mandarte al otro mundo de un solo tajo, muñeca... —dijo, sonriendo desagradablemente, porque era un tipo bastante feo—. Sin embargo, no voy a hacerlo. Por hoy, me limitaré a pedirte algo: que convenzas a tu padre para que retire mañana mismo su candidatura. Si no lo hace, mi compañero y yo te haremos una nueva visita. Aquí, a tu casa, o donde quiera que te escondas. Y entonces, de tu lindo cuello brotará un torrente de sangre... ¿Lo has entendido bien, monada?

Sally asintió con un levísimo movimiento de cabeza.

—Muy bien, encanto —dijo Max, retirando el arma—. Ahora, quédate quietecita aquí, junto a la pared. Si gritas o intentas alguna tontería, te arrojaré la navaja y se acabó. No lo olvides, nena.

El tipo se aproximó a donde yacía su compañero, sin perder de vista a la muchacha.

—Eh, Jim —dijo, sacudiéndolo por un hombro.

Jim el Duro empezó a dar señales de vida.

Abrió los ojos, soltó un par de gruñidos, se acordó de la madre del «ciego», y empezó a incorporarse, con la mano derecha sobre la nuca, porque allí era donde le dolía.

Con la izquierda señaló al investigador.

—¿Cómo pudo, estando ciego, golpearme tan certeramente, Max?

—El tipo no está ciego, Jim.

Este se quedó estupefacto.

—¿Que no está ciego...?

—Ve tan bien como tú y como yo. En cuanto saqué la navaja, se arrojó sobre mí como una pantera y me sujetó la mano derecha. Yo estaba en el suelo, porque allí me mandó él de un castañazo al mentón.

—Pero, cuando le vimos tropezar con la chica delante de los almacenes...

—Fingía estar ciego.

—¿Por qué...?

—Tal vez quería ligar con la chica y no se le ocurrió mejor modo de conseguirlo que simular una ceguera total.

—¿Ligar con la chica...? —repitió Jim el Duro con la mente confusa.

Max el Navaja miró a Sally.

—¿No te parece que vale la pena tomarse cualquier tipo de molestias para ganarse el corazoncito de una preciosidad como esta...?

Jim, cuyo rostro estaba falto también de cualquier atractivo, observó con detenimiento a la joven, desde la cabeza a los pies.

—El corazoncito y otras cosas, Max... —dijo, sonriendo.

Max se acercó al teléfono y cortó el cable con la navaja.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, preciosa, si quieres seguir viviendo —le recordó a la muchacha—. Vámonos, Jim.

Este, que seguía contemplando a la joven con ojos deseosos, sugirió:

—¿Por qué no le dedicamos unos minutos a la chica, Max?

—Quizá se los dediquemos la próxima vez, si es que la paloma nos sale testaruda.

—Qué lástima...

—En marcha, Jim.

Max el Navaja y Jim el Duro abandonaron el apartamento.

A pesar de ello, Sally Robinson continuó quieta donde estaba, con la espalda pegada a la pared.

Su rostro ya no denotaba miedo, sino una total estupefacción.

¡Nick McDonald no estaba ciego!

¡Le había contado una sarta de mentiras!

Su cerebro se esforzaba en encontrar una explicación lógica que justificase el desconcertante comportamiento del investigador.

Sally se negaba a admitir que Nick McDonald se había fingido ciego para ligar con ella. Era un tipo apuesto y educado, no necesitaba tomarse tanto trabajo para entablar amistad con una chica.

¿Entonces?

No tardó mucho en sospechar la verdad: su padre había, contratado a Nick McDonald para que le diera protección.

Los labios de Sally se distendieron en una sonrisa

Qué astuto era su padre...

Y qué gran actor era Nick McDonald...

La sonrisa desapareció de sus labios al recordar que, delante de los almacenes, él le había puesto la mano en... Bueno, allí.

Y la vergüenza que ella pasó ante aquel grupo de transeúntes, que la recriminaron duramente por creer que había abofeteado a un pobre ciego.

Y también recordó que... que... ¡que se había desnudado con la puerta abierta, convencida de que Nick McDonald no podía ver!

Sally enrojó intensamente.

—¡Maldito! —exclamó para sus adentros—. ¡Todo esto lo vas a pagar, te lo juro!»

Su primera intención fue acercarse a él y ponerle la cara gorda a bofetadas, pero desistió. En primer lugar, porque le parecía poco castigo. Y después, porque ella se daba cuenta ahora de que su padre tenía razón, que no debía salir a la calle sin guardaespaldas.

Y entre salir acompañada por un par de brutos como Jackson y Logan, o hacerlo acompañada de Nick McDonald, prefería esto último, a pesar de todo.

Continuó buscando el mejor modo de vengarse del investigador.

Y lo halló.

Se dispuso a llevarlo a la práctica, porque Nick McDonald empezaba a recobrarse.

«Qué rato te voy a hacer pasar, amiguito...», pensó, sonriendo malévolamente.

CAPÍTULO VI

LO primero que hizo Sally fue encender la luz de la pantalla.

Quería que Nick McDonald la viese bien, con todo detalle, y para eso, la luz que llegaba al *living* a través de la puerta del dormitorio no era suficiente.

¡Su plan de venganza necesitaba luz, mucha luz!

Sally se arrodilló junto al investigador.

—¿Cómo se encuentra, Nick...? —inquirió, fingiéndose apesadumbrada.

McDonald, preocupado por lo que el fulano de la navaja pudiera haberle hecho a la hija de Glenn Robinson, se olvidó por un momento de representar el papel de ciego y la miró.

—¿Está usted bien, Sally?

—Sí.

—¿No le han hecho ningún daño los tipos?

—Ninguno, Nick. Asustarme solamente.

Tranquilizado por las palabras de la joven, Nick volvió a su papel de invidente.

—¿Se han ido ya, Sally?

—Sí.

—Gracias a Dios...

—¿Se encuentra con ánimos para levantarse, Nick?

—Sí, creo que sí.

—Apóyese en mí y le llevaré al sofá.

El investigador aceptó la ayuda de la muchacha, aunque no la necesitaba, y se dejó guiar hasta el sofá, donde se sentó, con gesto

de dolor.

—¡Oh!, mi cabeza... —murmuró, llevándose una mano al punto exacto contra el que la diosa Diana se había hecho pedazos.

Sus dedos localizaron una generosa protuberancia.

Cuando los retiró, estaban ligeramente manchados de sangre.

—Siento mucho haberle golpeado, Nick... —dijo Sally, que se había sentado a su lado.

—No se preocupe.

—Yo quería golpear al tipo de la navaja, pero ustedes cambiaron las posiciones justo en el momento en que yo dejaba caer la figura, y se la estrellé a usted en la cabeza...

Nick sonrió con suavidad.

—No se aflija, Sally. Lo importante es que usted está bien.

—Pero usted no.

—Solo tengo un simple chichón.

—Que sangra.

—¿De veras...?

—Sí.

—Vaya...

—¿Tiene botiquín?

—Sí; está en el armario del cuarto de baño.

—Voy por él —dijo Sally, levantándose.

Caminó hacia el cuarto de baño.

Fue entonces cuando Nick McDonald se dio cuenta de que el camisón de la joven era transparente, y no pudo evitar que la boca se le abriera.

Nick empezó a notar que la garganta se le quedaba seca.

Realizando un supremo esfuerzo, logró apartar la mirada del espléndido cuerpo de la joven.

Tenía que ser así, o acabaría faltando a la palabra dada a Glenn Robinson.

«Está usted empezando a pasarlo mal, ¿eh, señor investigador? —pensó Sally—. Pues prepárese, porque aún lo va a pasar mucho peor.»

Se sentó de nuevo a su lado y abrió el botiquín.

—Vuelva la cabeza, Nick.

—Sí.

—¡Jesús! —exclamó ella al instante.

—¿Qué sucede, Sally?

—¿No dijo usted que solo tenía un simple chichón...?

—¿Cuántos me ve usted?

—Bueno, verle solo le veo uno, porque no tiene más. Pero parece el Himalaya.

Nick emitió una risita.

—Creo que se ha pasado usted en la comparación, Sally...

—Tal vez. De todos modos, jamás había visto un chichón como este.

—Sí, a mí también me pareció bastante hermoso.

Sally le atendió la leve herida con sumo cuidado.

Cuando acabó, dijo:

—Ya puede volver la cabeza, Nick.

Este lo hizo, pero no la miró.

—Gracias por curarme la herida, Sally.

—Era lo menos que podía hacer, teniendo en cuenta que yo se la causé.

—Lástima que me golpeará a mí en vez de al tipo de la navaja. Los hubiéramos capturado a los dos.

—¿Cómo consiguió dejar inconsciente al otro?

—Les oí entrar y me hice el dormido. Ellos cambiaron unas palabras con voz susurrante, pero como yo tengo el oído muy desarrollado, las capté. La buscaban a usted. Apenas pasaron por delante del sofá, atrapé sus cabezas, y ¡zas!, solté un bastonazo. Tuve suerte y dormí a uno de ellos. Al otro, lo durmió usted.

—¿Cómo supo usted que este empuñaba una navaja?

—Oí claramente el «clinc» que producen las navajas de resorte al abrirse. Y como sabía dónde estaba el tipo, salté sobre él y le busqué el brazo derecho. En eso también me acompañó la suerte, porque se lo encontró enseguida y se lo sujeté con fuerza para evitar el navajazo.

—Si el tipo llega a ser zurdo...

Nick carraspeó levemente.

—Caramba, no pensó en eso... Desde luego, de haber sido

zurdo, a estas horas yo tendría un hermoso agujero en el estómago.

—¡Oh!, no diga esas cosas, Nick... —rogó Sally, echándole los brazos al cuello y abrazándose a él.

Al pronto, el investigador se quedó sin habla.

Y sin saber qué hacer.

La joven empezó a sollozar, pegada a su pecho, la cabeza junto a su oído izquierdo, aplastándose prácticamente.

Nick sintió que el calor que ella emanaba le traspasaba la tela del pijama y llegaba nítidamente a su pecho, produciéndole una extraña sensación.

Percibía también el seductor perfume de su cabello, la suavidad y tersura de su piel, los latidos de su corazón...

Demasiadas cosas, teniendo en cuenta que él no deseaba rozar siquiera a la joven.

Bueno, desearlo, sí lo deseaba.

Y no poco.

Pero no quería faltar a su palabra.

¡Y no faltaría, maldita sea!

—Sally... —dijo, tratando de separar, con delicadeza, a la joven.

—¿Qué? —murmuró ella, apretándose con más fuerza a él, al tiempo que soltaba un par de hipidos.

—¿Por qué llora ahora?

—Porque el tipo de la navaja pudo haberle matado.

—Pero no me hizo ni un solo rasguño, ya lo ve —repuso Nick, y de nuevo trató de que ella se soltara.

No lo consiguió.

La muchacha continuó pegada materialmente a él,

—Sally...

—Tengo miedo, Nick.

—¿De qué?

—De esos hombres.

—¿La amenazaron?

—Sí. Dijeron que me harían una nueva visita, a menos que mi padre retire mañana mismo su candidatura al puesto de senador. Quieren que yo le convenza.

—¿Y piensa usted...?

—No sé qué hacer, Nick... Si le cuento a mi padre lo que ha pasado esta noche aquí, lo más probable es que él haga caso a los tipos y retire inmediatamente su candidatura, lo cual le dolería profundamente. Y también a mí, porque sé que tiene muchas posibilidades de resultar elegido... Pero, si no le cuento lo sucedido, él seguirá adelante y esos hombres volverán para cumplir su amenaza. ¿Y sabe lo que harán conmigo?

—¿Qué?

—Me atropellarán y luego me cortarán la garganta. ¡Oh, Nick, Nick!

Sally reanudó los sollozos.

Nick le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tranquilícese, Sally. Mañana, con más calma, buscaremos entre los dos una solución para su problema. Y la encontraremos, no se preocupe.

Ella separó su cabeza de la de él y le miró a los ojos, pero sin soltarse de su cuello,

—¿Usted cree, Nick...?

—Seguro.

Sally sonrió tiernamente.

—Es usted una gran persona, Nick.

—Por favor... —rogó él, modestamente.

—Arriesgó su vida por mí.

—Cualquiera, en mi lugar, hubiera hecho lo mismo.

Sally empezó a acercarle los labios.

Rojos.

Entreabiertos.

Palpitantes.

¡Ay...!

La tensión interior del investigador, contenida a duras penas, aumentó considerablemente.

Sally parecía dispuesta a besarle, pero en el último instante, cuando sus tentadores labios casi rozaban los de él, se detuvo.

Nick sintió en su boca el aliento de la muchacha.

¡Ay, ay, ay...!

Ella, tras unos segundos de indecisión, que a Nick le parecieron

siglos, apartó su cara de la de él.

—Nick...

—¿Qué...? —preguntó el investigador, haciendo un gallo con la voz.

—¿No le importa que le dé un beso?

—¿Un beso...? —respingó él.

—De agradecimiento, claro.

Niele carraspeó nerviosamente.

—Sally, yo creo que...

—¿Le importa? —le interrumpió ella, aproximándole nuevamente los labios.

—Bueno, no es que me importe, pero...

Nick McDonald no pudo exponer su “pero”, porque los labios de Sally Robinson se posaron suavemente sobre los suyos y le obligó a callar.

El beso no fue largo, pero a Nick le pareció una delicia.

Y al mismo tiempo, un tormento chino.

Sí, porque él hubiera querido estrechar fuertemente entre sus brazos aquel joven y esbelto cuerpo que permanecía tan cerca del suyo, y saborear aquellos cálidos y suaves labios que, por espacio de breves segundos, tuvo sobre los suyos, pero...

Sally lo miró, con la desilusión reflejada en el rostro.

—No ha correspondido a mi beso...

Nick tosió.

—Bueno, como era de agradecimiento, pensé que...

—¿Seguro que fue por eso?

—Yo creo que fue por otra cosa,

—No, Sally, le aseguro que...

—Piensa usted que soy una chica fea, ¿verdad?

—¡Oh, no!

—Sí, confíeselo. Usted creyó que le besaba un Boris Karloff en femenino.

—¡No!

—El conde Drácula.

—¡No!

—El monstruo de Frankenstein.

—¡No!

—Ningún hombre deja de corresponder al beso de una mujer, a menos que esta le disguste. Es evidente, pues, que yo le disgusto a usted.

Nick McDonald negó con la cabeza.

—Usted no me disgusta, Sally, se lo juro.

—Demuéstrelo.

—¿Que se lo demuestre?

—Sí.

—¿De qué modo?

Los labios de Sally Robinson fueron de nuevo en busca de los del investigador.

—Dándome un beso —indicó ella.

Nick, plenamente convencido de que si volvía a sentir sobre la suya la boca de la muchacha, mandaría al cuerno la palabra dada a Glenn Robinson y abrazaría y besaría a la joven de forma fervorosa, tuvo una idea y la llevó rápidamente a la práctica.

—¡Sally! —gritó, componiendo una expresión muy rara.

—¿Qué le ocurre, Nick?

—¡Estoy empezando a recobrar la vista!

CAPÍTULO VII

«MENUDO pájaro estás tú hecho, Nick McDonald» pensó Sally Robinson, pero decidió seguirle la corriente.

—¡Nick...! —exclamó, simulando una gran alegría— ¿Está seguro...?

—¡Sí, sí! ¡Empiezo a ver de nuevo!

—¡Dios bendito!

El investigador alargó un brazo.

—¡Ahí distingo un resplandor!

—¡Es la pantalla del *living*, que está encendida!

—¡Y allí distingo otro!

—¡La lámpara de la mesilla de noche!

—¡A usted se lo debo, Sally!

—¿El estar recobrando la vista?

—¡Sí!

—¿Quiere decir que con mi beso logré...?

—¡No, con el beso no!

—¿Con qué, entonces...?

—¡Con el golpe que me dio en la cabeza, al estrellarme la figura!

—¿Qué...?

—¡Sí, Sally, sí! ¡De un golpe en la cabeza perdí la vista, y de un golpe en la cabeza la recobro!

—¡Es fantástico!

—¡Un millón de gracias por haberme golpeado tan fuerte, Sally!

—¿Quiere que le dé otro, Nick?

—¿Otro qué? —preguntó él, acordándose del beso de antes.

—¡Golpe! —respondió ella, alargando la mano y atrapando el bastón, por el extremo delgado, para atizar con el grueso.

Nick respingó cómicamente.

—¿Otro golpe...?

—¡Sí! ¡Para ver si así recobra la vista totalmente! —explicó la joven, enarbolando el bastón.

Nick brincó del sofá como impulsado por un resorte y se alejó un par de metros de la muchacha y del bastón.

—¡No es necesario otro golpe, Sally! ¡Ya casi veo con normalidad!

La que brincó ahora del sofá fue la joven.

—¿En serio...?

—¡Sí, sí! —respondió él, dando saltitos de alegría.

—¿Me ve a mí?

—¡Sí!

—¿Con absoluta claridad?

—¡Casi! ¡Diablos, es usted una joven preciosa, Sally!

—¡No me mire, Nick! —chilló ella, cubriéndose el cuerpo con los brazos.

—¿Que no la mire...?

—¿Es que no ve cómo voy?

—En camisón. Un camisón muy bonito, por cierto...

—¡Y muy transparente!

—¡Oh!, tranquilícese, Sally. Todavía no puedo ver tan bien...

—¿Seguro que no?

—Le doy mi palabra —respondió él, levantando la mano derecha,

«Tienes más cara que un elefante con chistera, compañero», pensó Sally, antes de decir:

—¡Será mejor que regrese al dormitorio, antes de que recobre usted la visión totalmente y me vea así!

—Sí, hágalo, Sally, porque eso no tardará en suceder. Ya empiezo a distinguir su silueta a través del camisón. Y qué silueta...

—¡Oh! —gritó ella, corriendo hacia el dormitorio.

Se introdujo en él como un cohete y cerró la puerta

rápidamente.

«Eres genial, Nick —se dijo a sí mismo el investigador, riendo silenciosamente—. David Niven, a tu lado, es un aprendiz de actor.»

Lo que él ignoraba es que también Sally Robinson era una estupenda actriz.

La joven no tardó en salir, con una bata sobre el camisón.

—¿Ya... ya ve perfectamente, Nick?

—Sí, Sally. ¿No es maravilloso?

—Ya lo creo que lo es.

—Y como ya he dicho antes, a usted se lo debo.

—¡Qué contenta estoy, Nick!

Este se aproximó a la muchacha y le cogió las manos.

—Estoy en deuda con usted, Sally. Y sé cómo pagarle.

—¿Cómo?

—Protegiéndola de esos tipos que estuvieron aquí.

—¿Usted...? Usted es investigador privado, no guardaespaldas...

—Sí, es cierto. Pero sé pelear. Y manejar una pistola.

Ella se mordió el labio inferior, dubitativa.

—No sé si debo aceptar su ofrecimiento, Nick...

—Acéptelo, Sally, se lo ruego. Hace unos minutos hablamos del problema que le habían creado a usted esos individuos que la amenazaron. Pues bien, ya tenemos la solución para el mismo. Usted continuará aquí, en mi apartamento, como si yo todavía estuviese ciego y necesitase su ayuda. Y no le hablaré a su padre de la visita de esos tipos. Estos, cuando vean que su padre no retira su candidatura, volverán. Yo me ocuparé de darles el recibimiento que se merecen. Y después, de averiguar quien los mandó para que la amenazaran.

Los ojos de la joven emitieron un chispeo de temor.

—¿No será demasiado peligroso, Nick?

—Saldrá bien, no se preocupe.

—Si esos hombros pudiesen con usted, ya sabe lo que pasaría conmigo...

—Precisamente porque lo sé, no podrían conmigo ni seis como ellos. Tenga confianza en mí, Sally.

Ella sonrió.

—La tengo, Nick. Cuando todo esto haya pasado, mi padre sabrá recompensarle. Por cierto, ahora que hablamos de mi padre, ¿tampoco debo decirle que usted ha recobrado la vista?

—No, por el momento es mejor que no se lo diga.

—Él se alegraría mucho...

—Lo sé. Pero si su padre supiese que vuelvo a ver, no permitiría que usted continuase en mi casa. Y como no podemos decirle por qué es conveniente que usted permanezca aquí...

—Eso es verdad.

—Será mejor que vuelva a la cama, Sally.

—Sí. Pero antes tendrá que soltarme las manos...

—¡Oh!, disculpe. Ya no me acordaba de que se las había cogido.

La joven se dirigió al dormitorio.

Antes de cerrar la puerta, dijo:

—Conste que todavía estoy un poco molesta con usted, Nick.

—¿Por qué? —preguntó él, aunque adivinaba la respuesta.

—Por no haber correspondido a mi beso.

El investigador carraspeó.

—Le diré por qué me comporté como un idiota, Sally: su padre me hizo prometer que en ningún momento le faltaría a usted al respeto.

—Bueno, me parece lógico que mi padre le hiciera prometer eso. De todos modos, no creo que me hubiera usted faltado al respeto por el simple hecho de devolverme un beso. Beso que, por otra parte, carecía de toda malicia...

—Oiga, en eso tiene razón, Sally —asintió Nick, y lo dijo muy convencido—. ¿Quiere usted que repare mi falta inmediatamente?

Ella sonrió coquetamente.

—¿De veras está dispuesto a ello...?

—Dispuestísimo —respondió él, caminando hacia la muchacha.

—Me halaga oírle decir eso, Nick, pero será mejor que lo dejemos para otro momento. Buenas noches.

Sally cerró la puerta antes de que el investigador tuviera tiempo de decir nada, y corrió el pasador.

Nick se quedó estático durante unos segundos, rozando la hoja

de madera con la punta de la nariz.

—Maldita sea... —rezongó a media voz, mientras regresaba al sofá—. Cuando ella quería, yo no podía; y ahora que yo quiero, a ella no le da la gana. Menuda nochedita me ha dado la niña...

Se tendió en el sofá y se cubrió con la manta.

Estiró un brazo, apagó la luz de la pantalla y se dispuso a conciliar el sueño.

* * *

Lyon Watts se aproximó el vaso, de cristal tallado, a los labios e ingirió un sorbo de whisky.

Escocés auténtico, de lo mejorcito.

En el sofá donde se hallaba sentado, comodísimo, cabía un equipo completo de fútbol.

Y todavía quedaría un hueco para el entrenador.

Y quizá también para el masajista.

Y hasta para la amiguita del masajista, caso de que este fuese un pillín y tuviese alguna, lo cual sería bastante probable, porque después de dar masaje a once pares de piernas feas, llenas de músculos y de pelos, más las de los jugadores reservas, ¿quién no estaría deseando admirar las de una pelirroja joven y bien formada?

El salón era algo excepcional.

Haciendo a un lado los muebles, podría jugarse en él un partido de rugby.

Pero Lyon Watts no lo permitiría, porque alguno de los jugadores podría cargarse la araña del techo de un balonazo.

De haber sido una tarántula, bien; y además, agradecido.

Pero la araña era de cristal, y había costado un ojo de la cara y las pestañas del otro.

Por la puerta de la derecha apareció alguien.

Un tipo que estuviese algo corto de vista, hubiera necesitado un catalejo para poder saber quién era el hombre que acababa de entrar en el salón, dada la distancia que separaba la puerta del sofá, pero Lyon Watts tenía una vista excelente y reconoció al tipo mucho antes de que este estuviese cerca.

Se trataba de Al Hopper.

El hombre de confianza del candidato a senador movía sus cortas piernas con ligereza, para alcanzar cuanto antes el sofá.

Pero le costó caro, porque el suelo, que resplandecía tanto que uno, al pasar por allí, echaba de menos unas gafas de sol, estaba mucho más resbaladizo que de costumbre.

A Hopper le patinó la pierna derecha de forma espectacular.

La costalada fue de campeonato.

Al Hopper lanzó un grito, arrugando su cara de hormiga.

Y casi al momento, soltó un par de tacos a media voz.

Lyon Watts ingirió otro sorbito de whisky.

—¿Llamó a la grúa, Al? —preguntó irónicamente.

—No, no es necesario, señor Watts —gruñó el menudo Hopper, poniéndose en pie—. ¿Por qué está hoy tan resbaladizo el suelo?

—La doncella lo enceró esta tarde.

—Vaya... —rezongó Hopper, caminando hacia el sofá, pero ahora con todo el cuidado del mundo.

Lyon Watts desgranó una risita.

—Se diría que estás atravesando un campo de minas, Al.

—Pues no sé qué sería peor, señor Watts.

—Exagerado.

Hopper alcanzó el sofá y se dejó caer en él, dando un profundo suspiro de alivio.

—¿Qué tal les ha ido a Jim el Roca y a Max el Machete con la hija de Glenn Robinson, Al?

—Jim el Duro y Max el Navaja... —tuvo que rectificar Hopper.

—Demonios, alguna vea acertaré sus apodos. ¿Cómo les fue con la chica?

—Lograron meterle el miedo en el cuerpo, como usted quería. Pero con más dificultades de las previstas.

Lyon Watts arrugó el ceño.

—¿De qué dificultades hablas?

—El tipo que estaba con la chica les hizo frente. A Jim el Duro le dejó blando de un golpe en la nuca; tan blando, que ya no pudo levantarse. Y a Max el Navaja todavía le tiembla la mandíbula del castañazo que le soltó el tipo. Menos mal que la chica, que quiso dejar sin sentido a Max el Navaja, estrellándole una figure, en la cabeza, se equivocó de testa y la estrelló en la del tipo, y fue este

quien quedó inconsciente.

Lyon Watts se había quedado atónito.

—¿Cómo pudo un ciego...?

—El tipo no está ciego, señor Watts.

—¿Qué...? Si tú me dijiste...

Hopper alzó los hombros.

—Yo le dije a usted lo que Jim el Duro y Max el Navaja me habían dicho a mí. Ellos creían que el tipo era invidente, porque como tal se comportó desde que tropezó con la hija de Glenn Robinson, pero la realidad es que el tipo ve. Que fingía estar ciego, vamos.

—¿Por qué razón...?

Hopper se encogió nuevamente de hombros.

—No tengo la menor idea, señor Watts.

—¿Sabes el nombre del tipo?

—Sí; se llama Nick McDonald. Jim y Max lo leyeron en el buzón del correo. Y también su profesión: es investigador privado.

—¿Investigador privado...?

Hopper cabeceó.

—Eso dice la tarjeta que permanece fija a su buzón.

Lyon Watts entornó los ojos.

—Esto no me gusta nada, Al.

—¿El qué? ¿Que el tipo sea investigador privado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Tengo la sospecha de que todo ha sido preparado por Glenn Robinson.

—¿Preparado por Glenn Robinson? —pestañeó Hopper.

—Sí, Al. Robinson debe haber contratado a McDonald para que dé protección a su hija. Y quizá también para que descubra al autor de las llamadas telefónicas y de los anónimos que recibe.

—Diablos... —murmuró Hopper.

—Si estoy en lo cierto, de nada habrá servido que Jim el Robusto y Max el Serrucho hayan...

—Jim el Duro y Max el Navaja... —carraspeó Hopper,

Lyon Watts miró severamente a su hombre de confianza.

—Si vuelves a rectificarme los apodos de esos dos matones te aplastaré las narices de un puñetazo, Al.

Este se puso a toser nerviosamente.

—Disculpe, señor Watts. Si llego a saber que le molestaba a usted que le rectificase...

—La primera vez que lo hiciste, no me molestó en absoluto; incluso me resultó muy gracioso. La segunda, ya me puse un poco mosca. Y a la tercera, me he puesto mosca del todo. Lo dicho, Al: si me rectificas de nuevo, cobrarás. Y no precisamente en dólares.

—Descuide, señor Watts.

—Bien, como te iba diciendo, si mis sospechas son ciertas, de nada habrá servido que Jim el Recio y Max el Tijeras hayan amenazado a la chica. Glenn Robinson no retirará mañana su candidatura. Y cuando los matones visiten nuevamente a su hija, caerán en una trampa.

—¡Demonios! —respingó Hopper.

—Tranquilízate, Al, porque eso no sucederá. No vamos a darles tiempo para que preparen la trampa. ¿Dónde están en estos momentos Jim el Corpulento y Max el Escalpelo?

—Vigilando el apartamento del investigador.

—Bien. Ve y ordénales que se introduzcan de nuevo en él. Quiero que le rompan unos cuantos huesos a ese Nick McDonald. Y que secuestren a la chica.

—¿Y si el investigador no se deja romper ningún hueso? Ya ha demostrado que sabe pelear.

Las pupilas de Lyon Watts despidieron un destello.

—Si les pone la cosa difícil, que le liquiden.

—Entendido, señor Watts.

Al Hopper se puso en pie y movió las piernas, sin acordarse de que el suelo estaba recién encerado.

De nuevo le patinó una de ellas, esta vez, la izquierda.

Segunda costalada.

Segundo grito, con la cara amarga.

Segundo par de tacos a media voz.

—¿Llamo a la grúa, Al? —preguntó Lyon Watts, tan irónicamente como la vez anterior.

—No, señor Watts; tampoco esta vez será necesario —gruñó

Hopper, levantándose con cuidado, y siguió avanzando hacia la puerta, con grandes precauciones,

—Cuidado con las minas, Al —dijo el candidato a senador, soltando una risita.

«Y encima pitorreo —pensó Hopper—. Lo que tiene que aguantar uno...»

Tuvo suerte y logró alcanzar la puerta sin darse la tercera costalada.

CAPÍTULO VIII

JIM el Duro y Max el Navaja se detuvieron delante de la puerta del apartamento de Nick McDonald.

—Revisa tu pistola, Jim —indicó Max, en voz baja.

Su compañero se llevó la mano a la axila izquierda y extrajo su «Smith & Wesson».

Comprobó que todo estaba en orden.

Se lo hizo saber con un gesto a Max...

Este dijo:

—Recuerda que solo debes utilizarla si el tipo nos puede.

—Sí, no te preocupes —asintió Jim el Duro, devolviendo el arma a la funda sobaquera.

Max el Navaja se metió la mano en el bolsillo y sacó una ganzúa, la cual introdujo silenciosamente en el ojo de la cerradura.

Empezó a forcejear.

—Con cuidado, Max.

—¿Acaso no lo llevo?

—La otra vez, el tipo nos oyó. Y nos la jugó.

—Debe tener un oído muy fino.

Max, como la vez anterior, logró forzar la cerradura en pocos segundos.

—Ya está, Jim —dijo, retirando la ganzúa.

—Abre lo más despacio posible, para que los goznes no chirríen.

—Así lo hice la otra vez, ¿no? —gruñó Max.

—Sí, pero los goznes chirriaron.

—¿Y qué culpa tengo yo de que estén faltos de aceite?

—Está bien, hombre, no te enfades.

Max el Navaja empujó la puerta con gran cautela.

Los goznes se quejaron débilmente.

Max maldijo para sus adentros.

El apartamento, al igual que la vez anterior, se hallaba a oscuras,

Los matones se introdujeron en él sigilosamente.

Max cerró la puerta.

Los goznes volvieron a quejarse

Y Max Y Navaja a maldecir con el pensamiento

Él y su compañero permanecieron inmóviles hasta que sus órganos visuales se acostumbraron a la oscuridad y empezaron a distinguir cosas.

—El sofá está vacío, Jim —susurró Max,

—Es cierto.

—El tipo debe estar con la chica, porque la puerta está cerrada.

—¿En plan de guardaespaldas?

—Seguro.

Jim el Duro se pasó la lengua por los labios.

—Es una suerte estar al lado de esa muñeca. Envidio al tipo, Max.

—Y yo.

—¿Cuándo nos tocará a nosotros hacernos con ese bomboncito?

—Cuando lo tengamos en nuestro poder.

—Entonces no perdamos tiempo, diablos.

—Tienes razón, Jim. Vamos.

Max el Navaja y Jim el Duro avanzaron lentamente hacia el dormitorio.

Nick McDonald les estaba observando desde el cuarto de baño, cuya puerta permanecía ligeramente abierta.

Sí, allí se hallaba oculto el investigador.

Como la vez anterior, su ágil oído había detectado los leves ruidos producidos por la ganzúa de Max el Navaja y, rápidamente saltó del sofá, cogió su revólver, y se introdujo en el cuarto de baño.

Al ver que los matones no empuñaban pistolas, se guardó la

suya en el bolsillo de la chaqueta del pijama.

No deseaba utilizarla a menos que fuese absolutamente necesario.

Los individuos ya estaban muy cerca de la puerta del dormitorio.

Nick abrió bruscamente la puerta con una mano, mientras con la otra encendía la luz del cuarto de baño, y esta iluminó también el *living*.

Jim el Duro y Max el Navaja respingaron a dúo y volvieron rápidamente los ojos hacia el cuarto de baño.

—¿De nuevo por aquí, muchachos? —dijo Nick, sonriendo.

Max escupió una maldición.

—¡Nos la ha vuelto a jugar, Jim! —barbotó.

Su compañero apretó las mandíbulas furiosamente.

—¡Vamos por él, Max! —rugió.

Los matones se pusieron en movimiento.

Nick salió a su encuentro.

Y fue el primero en sacudir.

Desplegó su brazo derecho con rapidez y su puño estalló como una granada en la cara de Jim el Duro, el cual echo a correr hacia atrás, tropezó en la pequeña mesa que había delante del sofá y acabó hecho una bola sobre este.

Max el Navaja dejó ir uno de sus puños.

Nick burló el golpe y rápidamente le alojó la zurda en el estómago.

—¡Huag...! —bramó el matón, encogiéndose.

El investigador lo desencogió de un formidable gancho de derecha.

Un tercer golpe, en la barbilla, envió al suelo a Max.

En aquel momento se abrió la puerta del dormitorio y Sally Robinson se asomó, sin color en las mejillas.

Esta vez, sin embargo, se había acordado de colocarse la bata.

—¡Cielos! —musitó, mirando con ojos agrandados a los matones.

—Tranquila, Sally —le sonrió Nick—. Y por favor, en esta ocasión no intervenga, ¿eh? Podría equivocarse de nuevo y dejarme ciego otra vez.

El investigador le prestó atención a Jim el Duro, porque este acababa de dejar el sofá y avanzaba hacia él, con la mirada relampagueante.

Nick esquivó el rechazazo que le envió el sujeto y respondió con un mazazo al plexo.

El matón abrió las fauces, porque de pronto notó que le faltaba el aire, y su rostro empezó a congestionarse.

Nick no quiso esperar a ver lo feo que se ponía.

Le soltó un obús con la derecha.

Jim el Duro rodó por el suelo como una pelota.

—¡Nick...! —chilló Sally, porque vio que el otro individuo esgrimía ahora su navajón.

—No se preocupe, Sally —dijo el investigador—. No me dejaré pinchar con ese mondadientes.

Max el Navaja, con los ojos inyectados de sangre, masculló:

—¡Te voy a abrir en canal!

—Inténtalo, cara de frasco.

Al matón le sentó muy mal el insulto.

Dio un salto de gato hacia el investigador.

Con la navaja por delante, buscándole el estómago.

Nick cambió de posición con una agilidad asombrosa y la hoja de acero solo encontró el vacío.

Al fallar el navajazo, el tipo se fue de bruces al suelo.

Inmediatamente se escuchó un grito agónico.

Lo lanzó Max el Navaja.

El matón intentó levantarse, pero le fallaron las fuerzas y cayó nuevamente, quedando ahora boca arriba.

Entonces se supo por qué había gritado de aquel modo.

Tenía la navaja hundida en el pecho, hasta la empuñadura.

Él mismo se la había clavado al chocar contra el suelo.

La mancha roja que se le veía en la camisa se iba agrandando por segundos.

Por la expresión de sus ojos, extremadamente abiertos, se adivinaba que Max el Navaja ya le había dicho adiós a la vida.

Jim el Duro, todavía en el suelo, se llevó velozmente la mano a la axila.

Nick supo que el tipo iba a sacar una pistola.

De un portentoso salto se plantó al lado del fulano.

Este ya sacaba la mano de la axila, cerrada sobre la culata de su «Smith & Wesson».

Nick disparó una pierna.

Su pie desnudo golpeó con fuerza el antebrazo del tipo y este vio con desesperación cómo su arma volaba por los aires, cayendo lejos.

Fue entonces cuando Nick McDonald esgrimió su revólver, apuntando al matón.

—Se acabó, amigo —dijo.

Jim el Duro le envió una mirada furibunda.

—Maldito... —masculló.

—¿Estás dispuesto a imitar a Frank Sinatra?

—¿Cómo?

—A cantar, compadre.

El tipo apretó los labios.

Era una forma clara de decir que no.

A pesar de ello, Nick inquirió:

—¿Quién os contrató para que amenazaseis a Sally Robinson?

Jim el Duro siguió con la boca cerrada.

—Sally, encienda la luz de la pantalla —indicó Nick.

La joven se apresuró a obedecer.

El investigador se fijó bien en la cara del sujeto.

—Tienes las cejas muy pobladas. Demasiado, diría yo. Si te obstinas en no hablar, te haré un depilado casero. ¿Sabes lo que es eso? Te haré una pequeña demostración. Se aprisionan unos cuantos pelos, entre los dedos pulgar e índice, y ¡zas!, se tira con fuerza de ellos.

—¡Ay! —gritó el matón, llevándose rápidamente una mano a la ceja izquierda, que era la que el investigador había elegido para hacerle saber lo que era un depilado casero.

Nick dejó caer al suelo los cuarenta y pico de pelos que acababa de arrancarle al fulano y golpeó con el cañón de su revólver la mano con la que el tipo se había cubierto la ceja «depilada».

—Aparta esa zarpa, compañero, que quiero ver cómo ha

quedado la cosa,

Jim el Duro retiró la mano rápidamente, para evitar un segundo golpe con el cañón del arma.

Nick le observó la ceja como un profesional de la depilación.

—Bien, ahora está algo mejor, pero todavía le sobran un par de cientos de pelos —dijo, y se dispuso a darle un segundo tirón.

—¡No! —gritó el tipo, que ya se veía sin cejas.

—¿Hablarás?

El matón titubeó.

Nick le aprisionó otro montón de pelos.

Se acabaron los titubeos de Jim el Duro.

—¡No, quieto, diré lo que sé! —chilló.

El investigador, sin soltarle el casi un centenar de pelos que le había aprisionado, interrogó:

—¿El nombre del tipo que os contrató?

—Se llama Paul Brennan —respondió el sujeto, y no mentía, porque ese era el nombre que les dio Al Hopper cuando les contrató.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

—Dilo o te quedas sin cejas —amenazó el investigador, empezando a tirar de los pelos.

—¡No sé dónde vive el tipo, lo juro!

A Nick le pareció que el matón decía la verdad.

—Está bien, te creeré. Pero ahora dime cómo es el tipo,

—Bajito, delgado, con una cara muy rara. Aparenta unos cuarenta y cinco años.

—¿Qué has querido decir con eso de «una cara muy rara»?

—Bueno, es que a mí me parece que tiene cara de hormiga...

—¿Conoce a alguien con esas características, Sally?

La joven negó con la cabeza.

—No, Nick. No tengo idea de quién pueda ser.

El investigador se apartó del matón.

—Levántate y siéntate en el sofá —le ordenó—. Y como intentes algo, te la ganas —advirtió a continuación.

Jim el Duro obedeció sumisamente.

Nick se acercó al teléfono y descolgó el auricular.

Al llevárselo al oído, se extrañó que no diera la señal para efectuar la llamada.

—Qué raro... El teléfono no funciona...

—Me olvidé de decírselo, Nick —dijo Sally—. Ellos lo cortaron, la otra vez que estuvieron aquí.

El investigador se fijó en el cable cortado, dejando por un momento de vigilar a Jim el Duro.

Este no desaprovechó el descuido de Nick McDonald.

CAPÍTULO IX

SALTÓ como lanzado por una catapulta, hacia el punto del *living* donde yacía su «Smith & Wesson».

—¡Nick! —chilló Sally.

El investigador no necesitaba la advertencia de la muchacha, porque ya se había dado cuenta de que el matón cruzaba los aires como un meteoro.

Jim el Duro cayó sobre su pistola.

—¡Al suelo, Sally! —gritó Nick.

La joven obedeció y Nick se arrojó al suelo.

Gracias a ello, las dos balas que le envió el matón le pasaron por encima, incrustándose en la pared.

El tercer disparo no lo efectuó el tipo, sino Nick McDonald.

Y no tuvo necesidad de apretar por segunda vez el gatillo de su revólver.

La bala se había alojado en los sesos del individuo, entrándole limpiamente por la frente.

Jim el Duro quedó tendido boca abajo.

Nick se incorporó lentamente y miró a Sally Robinson.

—¿Se encuentra bien, Sally?

—Sí... —respondió ella, sin apenas voz.

Nick se aproximó a la joven y la ayudó a levantarse.

Estaba pálida como un muerto y temblaba de pies a cabeza.

Se abrazó al investigador.

Y esta vez no formaba parte de ningún plan para vengarse.

—Ha sido horrible, Nick —musitó, hundiendo la cara en el

pecho masculino.

Él la rodeó con sus brazos y la estrechó suavemente contra sí.

—Serénese, Sally. Ya pasó todo.

—Ese hombre estuvo a punto de matarle.

—No es fácil acabar conmigo, soy un tipo con suerte.

Ella levantó la cabeza y le miró, en silencio.

Nick la besó en los labios.

Fue un beso corto, pero a Sally le resultó muy agradable.

La joven, sin embargo, no colaboró.

—Tampoco usted ha correspondido a mi beso, Sally...

—¿Por qué me ha besado, Nick?

—Le debía un beso, ¿no lo recuerda?

—El mío fue de agradecimiento.

—El mío no.

—Entonces, ha roto la promesa que le hizo a mi padre...

—No creo. Yo le prometí que no le faltaría al respeto a usted, y no le he faltado, porque tampoco mi beso llevaba mala intención. Dígame la verdad, Sally. ¿Le ha parecido un beso ofensivo?

—Debo confesar que no.

—Por lo tanto, mi promesa sigue intacta.

La joven sonrió.

—Sí, creo que sí, Nick.

—Vístase, Sally.

—¿Que me vista? —se extrañó ella,

—Sí, hemos de salir. Tengo que avisar a la policía, pero no puedo hacerlo desde aquí, estando el cable del teléfono cortado. Lo haré desde una cabina telefónica que hay cerca.

—Me vestiré enseguida, Nick.

La joven entró en el dormitorio y cerró la puerta. Nick se vistió en menos de un minuto.

Sally apareció casi al momento.

Los dos salieron del apartamento.

Mientras descendían por la escalera, ella dijo:

—¿Por qué regresarían esos hombres, Nick? Ellos me dijeron que...

—El tipo que les contrató debió cambiar de planas, y en vez de

limitarse a amenazarla por mediación de esos matones, decidió que sería mejor secuestrarla,

—¿Secuestrarme...?

—Sí, eso creí entender, por lo que hablaron los tipos. Uno de ellos dijo: «¿Cuándo nos tocará a nosotros apoderarnos de ese bomboncito?» Y el otro respondió: «Cuando lo tengamos en nuestro poder.»

—¿Lo de bomboncito iba por mí?

—Claro. No iba a ser por mí.

—¿Y por qué preguntaría eso el tipo?

Nick carraspeó.

—Bueno, cuando entraron y vieron que el sofá estaba vacío, porque yo me había escondido en el cuarto de baño, pensaron que me encontraba en su dormitorio.

—¡Oh! —exclamó ella, ruborizándose—. Pero ¿por quién me tomaron a mí esos tipos? —dijo, indignada.

—No haga caso, Sally.

—¡Si no fuera porque están muertos, subía ahora mismo y les daba un par de bofetadas a cada uno!

Salieron a la calle.

La cabina telefónica se encontraba a unos cincuenta metros.

Nick y Sally fueron hacia allí y se introdujeron en ella.

El investigador disco un número.

—¿Departamento de policía...? Con la Brigada de Homicidios, por favor.

Nick tuvo que esperar unos segundos.

—Teniente Meeker al habla —le dijeron a través del hilo telefónico.

«Lo que faltaba, el teniente Meeker de servicio...», pensó Nick, quien dijo:

—Mi nombre es Nick McDonald.

—Sí, ya te he reconocido por la voz. ¿Qué ocurre, McDonald?

—Vengan ustedes inmediatamente al 290 de Belmont Street. Es donde vivo yo.

—Diablos, demasiado sé yo dónde vives tú. ¿A qué viene esa estúpida aclaración?

—Tengo un par de fiambres en mi casa.

—¿Cómo...? ¿Qué ha sucedido, McDonald?

—Se lo explicaré a ustedes cuando vengan. Adiós.

—¡Eh, un momento, McDonald! —gritó el teniente Meeker—. ¿Por qué demonios me hablas así, como si tú y yo no nos conociésemos de nada?

Nick no respondió.

Colgó el auricular y dijo:

—Vendrán enseguida, Sally. Regresemos a mi apartamento.

—¿Por qué no esperamos a la policía en la calle, Nick? —sugirió ella—. No es agradable permanecer junto a dos cadáveres...

—Lo sé, Sally, pero debemos subir. Tengo un plan, ¿sabe?

—¿Un plan?

—Usted se esconderá en el dormitorio y no saldrá de allí hasta que la policía se haya marchado.

—¿Por qué?

—Voy a decirles que esos dos matones se colaron en mi apartamento con el propósito de acabar conmigo, pagados por alguien que no me quiere bien. De ese modo, usted quedará al margen de todo.

—¿Por qué quiere que yo quede al margen, Nick?

—Para que su padre no se entere de nada de lo sucedido esta noche.

—Oh, entiendo. Él debe seguir ignorando que usted ha recobrado la vista, para que yo pueda continuar en su apartamento y usted darme protección.

—Exacto. Si le dijéramos la verdad a la policía, su padre tendría rápidamente noticia de lo ocurrido.

—De acuerdo, Nick. Subamos a su apartamento.

* * *

El timbre se puso a sonar.

—Ya están ahí, Sally —dijo Nick—. Cierra la puerta y no haga ningún ruido.

—Descuide.

La joven cerró la puerta del dormitorio y Nick acudió a abrir.

Antes de hacerlo, aplicó el ojo a la mirilla.

Al otro lado de la puerta se encontraba el teniente Meeker y dos de sus hombres.

Nick abrió.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir el teniente Meeker.

Nick le hizo callar, tapándole la boca con una mano.

—¡Chist...! —indicó, colocándose el índice de la otra, mano verticalmente sobre los labios—. Hable en voz baja, teniente.

El teniente Meeker, un hombre robusto, de mediana edad, apartó de un zarpazo la mano que el investigador le había puesto sobre la boca y gruñó en tono bajo:

—¿Qué lío te llevas entre manos, McDonald?

—Uno muy gordo. Y usted me metió en él, teniente.

—¿Yo...?

—¿Quién me recomendó a Glenn Robinson para guardaespaldas de su hija? —preguntó Nick, con ironía.

—¿Logró convencerme?

—Sí, logró convencerme —cabeceó Nick.

A continuación, y muy rápidamente, le puso al corriente de todo.

El teniente Meeker sonrió divertido,

—De modo que te hiciste pasar por ciego, ¿eh?

—Fue lo mejor que se me ocurrió. Y como no pude explicárselo a usted por teléfono, porque Sally Robinson estaba a mi lado, tuve que convencerla de que era mejor que ella se ocultase en el dormitorio y quedase al margen de todo. Usted me hubiera descubierto y la chica, me hubiera hinchado la cara de bofetones.

—Bien, veamos los fiambres, McDonald.

—Ahí los tiene.

El teniente Meeker y los dos agentes pasaron al interior del apartamento y dieron un vistazo a los cadáveres de Jim el Duro y Max el Navaja.

—Les contrató un tipo de unos cuarenta y cinco años, delgado y de poca estatura, que tiene cara de hormiga —informó Nick—. Se llama Paul Brennan. Suponiendo que el sujeto les diese su nombre verdadero, claro.

El teniente Meeker se echó el sombrero hacia atrás con el pulgar

zurdo.

—Conozco a un tipo que encaja perfectamente con esa descripción, McDonald.

—¿De veras...—?

—Sí. Y no se llama, Paul Brennan, sino Al Hopper.

—¿Quién es ese Al Hopper?

—Trabaja para Lyon Watts.

—¿El candidato a senador...?

—El mismo —asintió Meeker—. Al Hopper es su hombre de confianza.

—Entonces ya está claro, teniente: Lyon Watts es el culpable de todo. Tiene miedo de que Glenn Robinson le venza en las elecciones y quiere obligarle a que retire su candidatura.

—Creo que estás en lo cierto, McDonald. Sin embargo, habrá que demostrarlo. Y no será fácil, teniendo en cuenta que estos dos pájaros ya no están en condiciones de identificar a Al Hopper como el falso Paul Brennan. Necesitamos pruebas para poder detener a Hopper, y que este confiese que no hacía más que cumplir las órdenes que recibía de Lyon Watts,

—Deje eso de mi cuenta, teniente.

—¿Tienes algún plan?

—Todavía no. Pero lo tendrá antes de que amanezca.

—Espero que dé resultado.

—Apueste por mí, teniente. Por McDonald el Mujeriego, como usted me llama.

El teniente Meeker rio quedamente.

Poco después, los cuerpos sin vida de Jim el Duro y Max el Navaja eran retirados por los camilleros.

El teniente Meeker y los dos agentes se despidieron del investigador y abandonaron el apartamento,

Nick se acercó a la puerta del dormitorio y dio unos golpecitos con los nudillos.

—Ya puede salir, Sally.

Ella abrió la puerta.

—¿Ya se han ido los policías?

—Sí.

—¿Se han creído lo que usted les ha dicho?

—Totalmente. Soy un embustero muy convincente, Sally.

«Que me lo digan a mí», pensó ella.

Durante algunos segundos, ninguno de los dos dijo nada.

—Bien, creo que debo volver a la cama —suspiró la joven, con una suave sonrisa, e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Sally... —carraspeó Nick.

—¿Sí?

—Cuando usted me besó, yo no le correspondí, por los motivos que ya sabe... Y cuando yo la besé, tampoco usted me correspondió, por motivos que ignoro... ¿Qué le parece si ahora nos damos un beso como Dios manda?

—¿Como Dios manda?

Nick se pellizcó un lóbulo.

—Bueno, quiero decir un beso en el que pongamos el cincuenta por ciento cada uno...

—Deme una razón por la que deba aceptar su sugerencia.

—¿Una razón?

—Sí; un motivo. Se supone que debe haber un motivo para que un hombre y una mujer se besen.

El investigador guardó silencio.

—¿No se le ocurre ninguno, Nick?

—Solo puedo decirle una cosa, Sally: deseo besarla y que usted me devuelva el beso. Pero comprendo que si ese deseo no es recíproco, no hay nada que hacer...

—¿Y si fuese recíproco?

—¡Oh!, entonces habría mucho que hacer.

—No sea atrevido, Nick.

—Y usted no sea mal pensada. Yo solo me estaba refiriendo al beso.

—¿Seguro que no intentará pasar de ahí?

—Seguro. Recuerde que le hice una promesa a su padre.

—En ese caso...

Nick la enlazó por el talle y la atrajo hacia sí.

Tras mirarla a los ojos sin un pestañeo, unió su boca a la de ella. Sally le pasó los brazos por el cuello y le devolvió el beso.

Este duró bastante más que los dos anteriores.

Y se pareció mucho al beso de dos seres que acaban de darse cuenta de que se han enamorado el uno del otro.

Tal vez fuera así.

Sin embargo, cuando separaron sus labios, ninguno de los dos dijo nada.

Sally se soltó de los brazos del investigador y cerró la puerta.

Nick caminó lentamente hacia el sofá, pensando muchas cosas.

Las mismas que, en el interior del dormitorio, estaba pensando Sally Robinson...

* * *

Lyon Watts consultó su reloj.

Era ya muy tarde.

Pero no podía acostarse, tenía que esperar a Al Hopper.

No tardaría en llegar.

En efecto, así fue.

Al Hopper apareció por la puerta del lujoso salón, pero lo hizo de forma tan sorprendente, que Lyon Watts se quedó boquiabierto.

¡Hopper se había puesto unos patines de ruedas!

Patinando con buen estilo, alcanzó el larguísimo sofá y dejóse caer en él.

—Esta vez no ha habido batacazo, ¿eh, señor Watts? —dijo, exhibiendo una sonrisa llena de astucia.

El candidato a senador, perplejo todavía, apuntó los patines con una mano.

—¿De dónde los has sacado...?

—Los llevaba en el coche. Los compré esta mañana para regalárselos a mi sobrino, pero todavía no he tenido tiempo de llevárselos. Y como el suelo del salón está como está, decidí ponérmelos.

Lyon Watts sonrió.

—Diablos, patinas muy bien, Al.

—¿Verdad que sí? De joven gané varias competiciones. Y ya se sabe que, donde hubo, siempre queda,

—Bien, ¿qué noticias traes?

—No son buenas, señor Watts —anticipó Hopper, haciendo una mueca.

Lyon Watts se puso serio.

—Cuenta, Al.

—Después de indicarles a Jim el Duro y a Max el Navaja lo que tenían que hacer, entré en mi coche y esperé. Ellos subieron al apartamento de Nick McDonald. Un rato después, vi bajar al investigador y a la hija de Glenn Robinson. Fueron a una cabina telefónica que hay cerca de allí y él efectuó una llamada. Luego, regresaron al apartamento. A los pocos minutos, llegó un coche de la policía, con tres hombres. Se fueron para arriba. Poco después, llegó una ambulancia. También los camilleros se fueron para arriba. Estos, más tarde, bajaban dos cuerpos cubiertos con sábanas. ¿Es necesario que le digan quiénes eran los fiambres?

Lyon Watts, que había atirantado los músculos faciales, gruñó:

—Jim el Macizo y Max el Bisturí.

—Sí, señor Watts —cabeceó Hopper—: Jim el Duro y Max el Navaja.

Lyon Watts le soltó una bofetada.

—¡Ay! —gritó Hopper, llevándose una mano a la mejilla,

—Te advertí que si volvías a rectificarme cobrarías, ¿no? Pues ya has cobrado.

—Lo hice sin darme cuenta, señor Watts...

El candidato a senador mascullo un juramento.

—Tendrás que contratar a otro par de matones, Al.

—Sí, señor Watts.

—Y quiero que sean más efectivos que los anteriores.

—He oído comentarios elogiosos sobre Joe Pildorazos y Peter el Machacador.

—Pues contrátalos.

—Cobran bastante más que Jim el Duro y Max el Navaja.

—No importa, págales lo que te pidan,

—De acuerdo, señor Watts. Mañana por la noche hablaré con los tipos.

—¿No puede ser antes?

—Me temo que no, señor Watts.

—Está bien, Al. Ya puedes largarte.

—Buenas noches, señor Watts —se despidió Hopper, poniéndose en pie con cuidado, para que los patines no se le fuesen antes de hora.

—Te espero por la mañana, Al.

—A las diez en punto estaré aquí, señor Watts.

—Quiero que me des más detalles sobre Joe Castañazos y Peter el Triturador.

—Sí, señor Watts —sonrió Hopper, con un brillo irónico en las pupilas.

Lyon Watts captó aquel brillo burlón.

Al Hopper se puso en movimiento.

El candidato a senador estiró la pierna izquierda con rapidez y engatilló una de las de su hombre de confianza.

Al Hopper se dio un impresionante batacazo.

—No estás de suerte esta noche, Al... —dijo Lyon Watts, con guasa.

Hopper rezongó algo por lo bajo y se levantó rápidamente, antes de que Lyon Watts le preguntase si llamaba a la grúa.

CAPÍTULO X

EL «Mustang» blanco de Sally Robinson se detuvo a pocos metros de la casa de Lyon Watts.

La joven paró el motor.

Nick McDonald, que se hallaba a su lado, dijo:

—Recuerde, Sally. Si dentro de media hora no he salido de esa casa, telefonee al teniente Meeker.

Ella, con un asomo de preocupación en la mirada, asintió;

—Así lo haré, Nick. Y por favor, tenga mucho cuidado.

El investigador sonrió.

—Lo tendré, no se preocupe.

—Suerte, Nick.

—¿Solo me la desea así, de palabra?

Ahora fue ella la que sonrió.

—¿De qué otro modo puedo deseársela?

—Usted lo sabe muy bien, Sally.

La joven le besó suavemente en los labios.

—Suerte, Nick.

—Todo saldrá bien, ya lo verá.

Nick salió del coche.

Avanzó hacia la casa de Lyon Watts.

Cuando estuvo ante la puerta, hizo sonar el carillón. Segundos después, abrió la doncella, una joven de cabello rojo, rostro atractivo y curvas pronunciadas.

Una monada de chica.

—¿Qué desea, señor? —preguntó, con una amable sonrisa.

—En primer lugar, pasar —respondió Nick, y se coló en la casa.

La monada dejó de sonreír.

—Oiga... —quiso objetar.

—Cierre la puerta, que entran moscas.

Ella no la cerró.

Lo hizo Nick.

—¿Qué significa esto, señor?

Nick la tomó por la cintura.

—No se ponga seria, preciosa, que no la favorece —dijo, y seguidamente le selló la boca con un experto beso.

La doncella tuvo intención de separarse bruscamente de él, pero le gustó tanto la forma en que la besaba, que mandó a la porra sus deseos de evitar el beso y pasó a devolvérselo.

Tras el beso, que fue maratoniano, Nick dijo:

—Ya somos amigos, ¿verdad, encanto?

—¿Quién es usted?

—Me llamo Nick. ¿Y tú?

—Carolina.

—Me gustaría llevarte una tarde a pasear a la colina, Carolina.

La monada sonrió pícaramente.

—No se anda usted por las ramas, ¿eh?

—Por las ramas se andan los monos —repuso Nick, y volvió a besarla expertamente.

La doncella tuvo la sensación de que se convertía en gelatina.

—Los miércoles tengo el día libre... —se apresuró a informar, nerviosa por lo que en ella habían despertado los besos del investigador.

—Excelente, nena. Y ahora, pasemos a lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—¿Está el señor Watts en casa?

—Sí; en su despacho.

—¿Solo?

—No; el señor Hopper está con él.

—Magnífico. Anda, condúceme al despacho del señor Watts.

—Tendré que anunciarle primero...

—¡Oh!, no, Carolina, nada de anunciarme. Quiero darle una

sorpresa al señor Watts. Y también a Cara de Hormiga.

La doncella dejó oír una risita,

—¿Se refiere usted al señor Hopper?

—Naturalmente. Hale, llévame con ellos.

—Por aquí, Nick —indicó ella, echando a andar.

Y qué forma de andar...

El investigador la siguió, clavando sus ojos en la sensacional figura de la chica.

Llegaron al despacho de Lyon Watts.

—Aquí es, Nick.

—Gracias, preciosa —dijo él, dándole un pellizquito en la barbilla—. Luego nos veremos.

La doncella dio media vuelta, sin prisas.

Se ganó otro pellizco, esta vez, en una mejillita.

La monada dio otro gritito y empezó a alejarse, riendo.

Nick dejó de prestar atención a las curvas de la chica y se introdujo en el despacho del candidato a senador.

—Buenos días, caballeros —dijo, avanzando hacia la mesa.

Lyon Watts puso cara de sorpresa.

Al Hopper pegó un saltito sobre su asiento y comenzó a empalidecer.

—¿Quién diablos es usted? —inquirió Lyon Watts, poniéndose en pie.

—Nick McDonald, para servirles.

El candidato a senador no pudo contener un respingo.

Miró rápidamente a su hombre de confianza, para que este se lo confirmara.

Al ver a Hopper, pálido y tembloroso, supo que sí, que aquel joven alto y atlético que se había colado en su despacho era el investigador privado que impidió el secuestro de la hija de Glenn Robinson,

Lyon Watts empezó a enrojecer de cólera,

Nick sonrió.

—No se alarme usted, señor Watts, que no he venido a complicarle las cosas, sino a facilitárselas. Siempre y cuando nos pongamos de acuerdo en el precio, claro.

—No sé de qué me habla —repuso Lyon Watts, procurando dominar su furia.

Nick chascó la lengua repetidas veces.

—Por favor, señor Watts, no me venga ahora con esas... Uno de los gorilas que me vi obligado a liquidar anoche, cantó antes de morir. Me dio una detallada descripción del hombre que les había contratado, y también su nombre: Paul Brennan. Y como yo soy un tipo listo, he descubierto que Paul Brennan y Al Hopper son la misma persona. No tengo pruebas, es cierto, pero tampoco las necesito, puesto que yo no deseo entregarles a ustedes a la policía, sino facilitarles el secuestro de Sally Robinson.

Sobrevino un silencio.

Lyon Watts y Al Hopper cambiaron una mirada, pero ninguno de los dos habló:

Nick añadió:

—Señor Watts, yo soy un investigador privado poco conocido... mis servicios apenas son solicitados... ando escaso, muy escaso de fondos... Por eso acepté convertirme en el guardaespaldas de la hija de Glenn Robinson, porque necesitaba dinero urgentemente. Pero el señor Robinson solo me paga veinticinco cochinos dólares diarios... Usted, señor Watts, es un hombre rico. Diez mil dólares no le suponen nada. Y yo, por esa cantidad, permitiré que otro par de gorilas, contratados por usted, se lleven de mi apartamento a Sally Robinson. ¿No le parece que es una proposición interesante?

Lyon Watts se acarició el mentón.

—Sí que lo es, debo admitirlo —dijo—. Sin embargo, no puedo aceptarla.

—¿Por qué?

—No me fío de usted, señor McDonald.

—Le conviene fiarse, señor Watts. Si no acepta mi proposición, le será muy difícil lograr lo que pretende, porque yo, cuando protejo a alguien, lo protejo bien. Ya se lo demostré anoche.

Lyon Watts esbozó una sonrisa irónica.

—Puede que la próxima vez no tenga usted tanta suerte, McDonald.

—No podrá secuestrar a Sally Robinson si yo no me pongo de su parte, señor Watts, métaselo en la cabeza.

—Eso ya lo veremos, McDonald,

—¿Es su última palabra?

—Sí.

—Bien, no importa. Ya ha dicho las suficientes para que yo pueda entregarles a la policía a los dos —dijo Nick, sacando del bolsillo de su chaqueta un pequeño magnetófono a pilas de fabricación japonesa, que estaba funcionando—. Aquí está la prueba que necesitaba.

Lyon Watts apretó los puños con rabia.

—Maldito...

—¡Estamos cogidos, señor Watts! —galleó Al Hopper.

Lyon Watts abrió velozmente el cajón superior de su mesa.

Allí tenía una pistola.

Nick fue más rápido que él y mostró antes la suya,

—¡Quieto, señor Watts! —le ordenó.

Lyon Watts, ciego de ira, desobedeció la orden del investigador y empuñó su pistola.

Nick se vio obligado a apretar el gatillo.

La bala alcanzó en el brazo a Lyon Watts, quien lanzó un grito de dolor, dejando caer el arma.

—Lo siento, señor Watts, pero usted me obligó a disparar.

El candidato a senador apretó los dientes, pero no dijo nada.

Al Hopper, que no podía con la visión de la sangre, sufrió un desmayo y se derrumbó.

Nick se aproximó al teléfono y discó el número del Departamento de Policía.

* * *

Sally Robinson había puesto todas sus cosas en la maleta.

—Ya estoy lista, Nick —dijo, saliendo del dormitorio.

—Vamos, Sally —dijo él, cogiéndola del brazo.

Caminaron hacia la puerta del apartamento.

Cuando estaban a punto de alcanzarla, el timbre empezó a sonar.

—¿Quién será? —murmuró Nick.

—Abra y lo sabremos —dijo Sally.

El investigador abrió la puerta.

La sorpresa que se llevo fue morrocotuda.

Allí, ante sus ojos, tenía a Mary Ann Sanders, la rubia de los hoyuelos en la espalda, la que, dos días atrás, le contratara para que buscase al tipo que huyera sin cumplirle la palabra dada, y que, después cambió de opinión y le pidió que no le buscara.

—Mary Ann... —bisbiseó.

—¡Hola, Nick! —dijo ella, seria—. Anoche me quedé esperándote.

El investigador tosió embarazosamente.

—Verás, Mary Ann, me salió un trabajo y...

—No sigas —le interrumpió la rubia, mirando a Sally de arriba abajo—. Sí, la chica está muy bien. Es lógico que desearas ligar con ella. Pero debiste dejarlo para otro día, porque ya te habías comprometido conmigo —le recordó, mirándole suavemente, con los ojos empuñados—. Eres igual de sinvergüenza que el otro. Una, que es cándida como la paloma, se cree vuestras mentiras, ¿y para qué...? Para que luego os larguéis con la primera chica mona que encontréis.

Nick movió la cabeza.

—Mary Ann, no es...

La mano derecha de la rubia ascendió veloz y restalló con fuerza en la cara del investigador.

Tras la bofetada, Mary Ann Sanders dio media vuelta y empezó a descender rápidamente por la escalera.

Nick miró a Sally, casi con miedo.

Ella estaña roja de ira.

—Sally... —carraspeó él.

—No diga nada, Nick; será mejor.

—Tengo que explicárselo todo.

—No es necesario. Esa mujer, con la que, por lo visto, ha debido pasar usted muy buenos ratos, me ha hecho ver claro.

—Solo pasé con ella una noche, se lo juro.

—Es una mujer comprometida.

—Pero su novio se largó, dejándola plantada...

—Y usted se dio mucha prisa en sustituirle.

—No, Sally, espere. Ella me citó en su casa y me pidió que

buscara a ese tipo. Cuando ya me disponía a marcharme, se me insinuó claramente. Yo no quería quedarme, porque no me gustan los líos con ciertas mujeres, pero ella se colgó de mi cuello... Bueno, usted ya se imagina. Y como uno tampoco es de piedra...

—¿Por qué me engañó, haciéndome creer que estaba ciego?

Nick se lo contó todo.

Era, poco más o menos, lo que Sally había imaginado cuando descubrió, gracias a Max el Navaja, que el investigador no era invidente.

—Me ha tomado usted el pelo, Nick.

—¡Oh, no! Sally, yo solo...

—Y se ha aprovechado de mí.

—¿Aprovecharme yo de usted...?

—Delante de los almacenes... ¿Qué hizo?

—Sin mala intención, créame —tosió Nick.

—¿Por qué no me tocó el codo, en lugar de...?

—Porque entonces no se habría enfurecido usted conmigo, y mi plan se hubiera ido al traste.

—¿Y qué justificación tiene para la ración de vista que se dio gracias a la puerta del dormitorio, que estaba abierta?

—No hubo tal ración de vista, Sally, porque cuando usted empezó a desabrocharse la blusa, volví la cabeza.

—Eso es lo que dice usted.

—Le juro que es la pura verdad.

—¿Y tampoco me vio en camisón?

—Bueno, eso no pude evitarlo, claro... Pero quiero que sepa que tampoco entonces tuve ningún pensamiento sucio, Sally. De cualquier modo, le pido perdón por todo.

—Son demasiadas cosas para perdonárselas todas en un momento, ¿no le parece? —dijo ella, saliendo del apartamento.

Nick se dispuso a seguirla, pero Sally le ordenó;

—Quédese, Nick.

—¿Ya no quiere que la acompañe a su casa?

—No.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Sally?

—No lo sé —respondió ella, y desapareció por la escalera.

EPÍLOGO

NICK MCDONALD estaba en su oficina.

En la primera página del periódico que tenía sobre la mesa, podía leerse: «Glenn Robinson, elegido senador por aplastante mayoría de votos.»

Y podía verse una foto del candidato triunfador, tan sonriente como emocionado.

La puerta del despacho se abrió en aquel momento, dando paso a Glenn Robinson.

—Señor Robinson... —murmuró Nick, sorprendido.

—Buenos días, señor McDonald —saludó el nuevo senador del estado de Georgia, con una afable sonrisa.

Nick se levantó y le tendió la diestra,

—Enhorabuena por su triunfo, señor Robinson.

—Gracias, señor McDonald —dijo Glenn Robinson, estrechando la mano del investigador.

—¿Quiere sentarse?

—Se lo agradezco, pero solo dispongo de un par de minutos.

—Las obligaciones de su nuevo cargo, ¿eh? —sonrió Nick.

—Así es, señor McDonald. Solo he venido a anunciarle que dentro de un rato, Sally vendrá a verle.

—¿Sally...?

—Sí. Quiere hablar con usted.

—¿Acaso me ha perdonado ya el que me hiciera pasar por ciego?

—Sally no se enfadó con usted por eso.

—¿No...?

—Ella descubrió que usted no estaba ciego mucho antes de que esa rubia, Mary Ann, apareciese por su apartamento.

Nick se llenó de sorpresa.

—¿Dice usted que Sally...?

—Lo supo tras la primera pelea que sostuvo usted con los matones, e intuyó que yo le había contratado para protegerla. Por eso fingió no haberlo descubierto.

—¡Diablos...!

—Sally me ha confesado también que, para vengarse del engaño, le hizo pasar un mal rato a usted aquella noche.

—Malísimo.

—Y que usted, sin embargo, se comportó con ella como un caballero en todo momento.

—Faltó un pelo para que dejase de comportarme así, señor Robinson.

—Voy a decirle otra cosa antes de irme: Sally está enamorada de usted. Muy enamorada. Por eso le sentó tan mal que usted y esa Mary Ann...

Nick parpadeó.

—¿Sally enamorada de mí?

—Como una colegiala. Buenos días, señor McDonald.

Glenn Robinson abandonó el despacho del investigador.

Este se dejó caer en su sillón, perplejo.

Pocos minutos después, la puerta se entreabrió y el bonito rostro de Sally Robinson asomó por el hueco.

—Hola, Nick.

—Sally... —bisbiseó él, simulando una gran sorpresa.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella, sonriendo ligeramente.

—Por supuesto —autorizó el investigador, poniéndose en pie y saliendo de detrás de la mesa—. ¡Qué sorpresa tan agradable, Sally!

—¿De veras se alegra de verme, Nick?

—Muchísimo. No sabe usted las ganas que tenía de volverla a ver.

—Siendo así, ¿por qué no ha venido por mi casa durante estas tres semanas?

—Varias veces estuve tentado de ir, pero pensé que usted seguiría enfadada conmigo y no querría verme...

Sally sonrió con más amplitud.

—¿La ha vuelto a ver, Nick?

—¿A quién?

—No se haga el loco o le atizo en la espinilla.

Nick emitió una tosecita nerviosa.

—¿Se refiere a Mary Ann?

—Claro.

—No la he vuelto a ver desde aquella mañana.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra, Sally.

La sonrisa de la joven se tornó maliciosa.

—¿Solo va a darme su palabra?

Nick alargó los brazos y la abarcó por la cintura.

—¿Puedo decirte una cosa antes de besarte, Sally?

—Que sea cortita.

—Te quiero.

Los ojos de la joven resplandecieron.

—También yo te quiero a ti, Nick.

El investigador se dispuso a besarla.

Ella entreabrió los labios.

Sin embargo, en el último momento, Nick se detuvo y no la besó.

En el rostro de Sally se reflejó el desencanto.

—¿Qué ocurre, Nick?

—Me preocupa algo, Sally.

—¿Qué te preocupa?

—Quiero casarme contigo, y no sé si tú...

Los ojos de Sally volvieron a resplandecer de felicidad.

—Yo lo deseo tanto como tú, Nick.

—¿Estás segura?

—Bésame y lo verás, tonto.

—Oh, cariño... —dijo Nick, y por segunda vez se dispuso a besarla.

Pero tampoco en esta ocasión lo hizo, con gran desesperación

por parte de Sally.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —preguntó ella, sin poder disimular su contrariedad.

—¿Crees que tu padre aprobará nuestra unión, Sally?

—¿Por qué no habría de aprobarla?

—Bueno, es el nuevo senador del estado de Georgia, un cargo importantísimo... Y yo solo soy un modesto investigador privado...

—No tan modesto. El haber desenmascarado a Lyon Watts te ha proporcionado una gran popularidad.

—De todos modos...

—Te quiero, Nick, y no me importa nada más.

—Tesoro...

Por tercera vez, los labios de Nick buscaron los de la joven.

Y por tercera vez, el beso no llegó a materializarse.

Era más de lo que podía aguantar Sally.

—¿Qué diablos ocurre ahora? —exclamó, furiosa—. ¿Es que voy a tener que rellenar una instancia para que me des un beso?

Nick rompió a reír.

Aquello encolerizó aún más a la muchacha.

—Y encima te hace gracia, ¿eh? ¡Suéltame inmediatamente! —ordenó, empezando a forcejear.

Nick, en vez de soltarla, la aprisionó con fuerza y la besó fervorosamente en los labios.

Se acabaron rápidamente los forcejeos.

Tras el apasionado beso, Sally murmuró:

—¿Por qué me has hecho sufrir tanto, Nick?

—Porque tú no me hiciste sufrir menos aquella noche en mi apartamento, cuando descubriste, tras mi primera pelea con los matones, que yo veía perfectamente.

Sally agrandó los ojos.

—¿Cómo has sabido que...?

—Tu padre estuvo aquí hace unos minutos.

—Mi padre es un maldito traidor... —dijo ella, sonriendo, y ofreciendo sus labios al investigador, más rojos y más palpitantes que nunca.

Esta vez, Nick McDonald la besó sin perder un solo segundo.

Ya habían perdido demasiados...

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.